

A-3743

LOS BAJOS FONDOS



COLECCION
TEATRO



© 1968, by RICARDO RODRIGUEZ BUDED. — Editada por
ESCELICER, S. A. Héroes del Diez de Agosto, 6, Madrid. —
Reservados todos los derechos. — Los representantes de la Sociedad
General de Autores de España son los únicos encargados de auto-
rizar la representación o adaptación de esta obra.

Depósito legal: M. 12.135-1968

ESCELICER, S. A.—Comandante Azcárraga, s/n.—Madrid

Este drama se estrenó en el teatro María Guerrero, de Madrid,
el día 11 de febrero de 1968, con el siguiente

REPARTO

BARÓN	<i>Félix Dafauce.</i>
KVASHNIA (vendedora ambulante)	<i>Margarita García Ortega.</i>
BUBNOV (peletero y gorrero)	<i>Alfonso del Real.</i>
KLESCH (cerrajero)	<i>Félix Navarro.</i>
NASTIA (prostituta)	<i>Julieta Serrano.</i>
ANA	<i>Julia Trujillo.</i>
SATÍN	<i>Rafael Arcos.</i>
ACTOR	<i>Antonio Ferrandis.</i>
KOSTILEV (dueño de la posada)	<i>Joaquín Molina.</i>
PEPEL	<i>Manuel Gallardo.</i>
LUKA (peregrino)	<i>Manuel Dicenta.</i>
NATASHA	<i>María Fernanda D'Ocón.</i>
ALESHKA (zapatero)	<i>Manuel Toscano.</i>
VARIA (dueña de la posada)	<i>Yelena Samarina.</i>
MEDVEDEV (guardia)	<i>Eugenio Navarro.</i>
TÁRTARO	<i>Carlos Bravo.</i>
ZOB (corchetero)	<i>Alfredo Cembreros.</i>
VIEJO 1. ^o (pintor)	<i>Victor Gabirondo.</i>
VIEJO 2. ^o (trapero)	<i>Antonio Burgos.</i>
MUJER 1. ^a (corchetera)	<i>Margarita Díaz.</i>
MUJER 2. ^a (trapera)	<i>Matilde Calvo.</i>

Escenografía: MANUEL MAMPASO.
Dirección: JOSÉ LUIS ALONSO.

*Las frases encerradas entre corchetes se suprimieron en la re-
presentación.*

ACTO PRIMERO

Sótano que parece una cueva. El techo, formado por una gran bóveda de piedra, ahumado y lleno de grietas, pesa sobre el conjunto. La luz viene del público y de una ventana cuadrada, muy alta, situada a la derecha. En el rincón de este mismo lado, un tabique delgado que separa la habitación de PEPEL. Junto a la puerta de esta habitación, el camastro de BUBNOV. En el ángulo de la izquierda, una gran estufa rusa y en la pared de piedra de este lateral, la puerta de la cocina, donde viven KVASHNIA, el BARÓN y NASTIA. El espacio que queda entre la estufa y la puerta se halla ocupado por una cama ancha adosada a la pared, medio tapada por una colgadura de percal sucio. Al pie de los muros de contorno, diversos camastros. En el primer término izquierda, un tronco de árbol, sujeto al cual hay un torno y un yunque pequeño. Sobre un segundo tronco más bajo, frente al yunque, está sentado KLESCH, probando llaves en una cerradura vieja. A sus pies hay dos manojos de llaves, ensartadas en un alambre, un samovar de hojalata en muy mal uso, un martillo y limas. El centro de la escena lo ocupa una mesa grande, rodeada de dos bancos y un taburete, todo ello sin pintar y sucio. Empieza la primavera. Es por la mañana.

(Alrededor de la mesa, KVASHNIA se ocupa del samovar, el BARÓN mastica un pedazo de pan negro y NASTIA, sentada en el taburete, lee un libro destrozado, apoyando los codos sobre el tablero. En la cama, con la cortina corrida, ANA

tose. BUBNOV, *sentado en su camastro, prueba sobre un molde de sombreros la tela de unos pantalones deshechos, buscando la manera de cortar una gorra. A su lado hay una sombrerera de cartón vieja, para las viseras, los pedazos de badana y algunos trapos.* SATÍN *acaba de despertarse; está echado en un camastro y carraspea. Subido encima de la estufa, donde no se le ve, se remueve y tose el ACTOR.*

BARÓN.—¡Sigue!

KVASHNIA.—Entonces yo le dije: no, amigo mío... Ve a otra parte con esa historia y déjame tranquila. No me volveré a casar ni por todo el oro del mundo.

BUBNOV (A SATÍN).—¿Has acabado ya de gruñir?

(SATÍN *murmura.*)

KVASHNIA.—Ahora que soy una mujer libre, dueña de mis actos, quieres que me inscriba en el pasaporte de un hombre y que me entregue a él como esclava... ¡De ningún modo! Ni aun que fuera un príncipe americano.

KLESCH.—¡Mientes!

KVASHNIA.—¿Qué...?

KLESCH.—¡Mientes! Te casarás con Abramka.

BARÓN. (*Quita el libro a NASTIA bruscamente y lee el título.*)—
“El amor fatal”.

(*Ríe a carcajadas.*)

NASTIA. (*Alargando la mano.*)—¡Dámelo! ¡Vamos, dámelo y no te burles de mí!

(*El BARÓN la mira, pasándole el libro por encima de la cabeza.*)

KVASHNIA. (A KLESCH).—¿Por qué metirosa? ¿Cómo te atreves a llamarme mentirosa?

BARÓN. (*Da un golpecito con el libro en la cabeza de NASTIA.*)—
Qué estúpida eres, Nastia...

NASTIA. (*Arrancándole el libro.*)—¡Trae!

KLESCH.—¿Qué os parece la señora...? ¡Te casarás con Abramka! Si lo estás deseando...

KVASHNIA.—¿Para que me trate lo mismo que tratas tú a tu mujer?

KLESCH.—¿Te vas a callar, perra? ¡Eso a ti no te importa!

KVASHNIA.—¡Ah...! No te gusta oír la verdad.

BARÓN.—Ya han vuelto a enzarzarse... Nastia... ¿dónde estás?

NASTIA. (*Sin levantar la cabeza.*)—¡Quita!

ANA. (*Asoma por detrás de la cortina.*)—¿Es ya de día...? Por amor de Dios, no gritéis..., no riñáis más...

KLESCH.—¿Ya empiezas a lamentarte?

ANA.—Todo el día igual... Dejád, por lo menos, que me muera tranquila...

BUBNOV.—A la muerte no le estorba el ruido.

KVASHNIA. (*Se acerca a ANA.*)—¿Cómo has podido vivir con ese bárbaro, hija mía?

ANA.—Deja... Déjame...

KVASHNIA. (*Suspira.*)—Está bien... Qué paciencia tienes... ¿Te sigue doliendo el pecho?

BARÓN.—¡Kvashnia! Ya es hora de ir al mercado.

KVASHNIA.—Ahora vamos. (A ANA.) ¿Quieres unas empanadillas calientes?

ANA.—No, gracias... ¿Para qué voy a comer?

KVASHNIA.—Come mujer. Te las dejo aquí, en el tazón, y las tomas cuando tengas gana. (A BARÓN.) ¿Vamos, Barón? (A KLESCH.) ¡Uh..., demonio!

(*Sale hacia la cocina.*)

ANA. (*Tose.*)—Dios mío...

BARÓN. (*Dando unos golpecitos a NASTIA en la nuca.*)—Deja ya ese libro, tonta...

NASTIA.—¡Déjame en paz! ¿Me meto yo contigo?

(*El BARÓN sigue a KVASHNIA, silbando.*)

SATÍN. (*Se incorpora en el camastro.*)—¿Quién me ha pegado ayer?

BUBNOV.—¿Qué más te da?

SATÍN.—Pero, ¿por qué me han pegado?

BUBNOV.—¿Jugaste a las cartas?
 SATÍN.—Sí.
 BUBNOV.—Entonces, por eso.
 SATÍN. (*Entre dientes.*)—¡Canallas!
 ACTOR. (*Asomando la cabeza desde lo alto de la estufa.*)—Cualquier día te pegarán... hasta matarte.
 SATÍN. (*Despectivo.*)—¡Imbécil...!
 ACTOR.—¿Por qué?
 SATÍN.—Porque es imposible matarme dos veces.
 ACTOR.—No te entiendo... ¿Por qué es imposible?
 KLESCH.—Más vale que bajes de la estufa y te pongas a arreglar la habitación. No te des tanta importancia ahí arriba.
 ACTOR.—¿Quién eres tú para mandarme?
 KLESCH.—En cuanto llegue Varia, verás quién te manda.
 ACTOR.—¡Me tiene sin cuidado Varia! Hoy le toca al Barón.
 ¡Barón!

(*Entra éste.*)

BARÓN.—No tengo tiempo. Me voy al mercado con Kvashnia.
 ACTOR.—Ah, me da igual. Puedes irte a la cárcel, si prefieres. Hoy te toca barrer. No estoy dispuesto a cargarme el trabajo de los demás.
 BARÓN.—Bueno, no quiero discutir... Nastia barrerá. ¡Eh, tú, amor fatal! ¡Despierta!

(*Le quita de nuevo el libro.*)

NASTIA. (*Levantándose.*)—¿Qué quieres? ¡Trae la novela! Y se las da de señor...
 BARÓN. (*Le devuelve el libro. Exagera la cortesía.*)—Nastia, hoy barrerás por mí, ¿verdad?
 NASTIA.—Sí... En seguida...

(*Sale hacia la cocina.*)

KVASHNIA. (*En la puerta de la cocina, al BARÓN.*)—¿Vienes o no? Estos harán la limpieza por ti... (*Al ACTOR.*) ¿Y tú? ¿No eres capaz de hacer un favor? No te vas a morir por eso.
 ACTOR.—Siempre yo, siempre yo... No entiendo...
 BARÓN. (*Ha recogido en la cocina dos cestos colgados de un yugo y se los ha cargado al hombro. Hay en los cestos leños tapados con trapos.*)—¿Cómo pesa esto hoy...!

SATÍN.—No parece que te valga de mucho haber nacido barón.
 KVASHNIA. (*Al ACTOR.*) Que no se te olvide barrer.

(*Sale por el vestíbulo, cediendo antes el paso al BARÓN.*)

ACTOR. (*Baja de la estufa.*)—Me hace daño respirar polvo. (*Con orgullo.*) Mi organismo está envenenado...

(*Se sienta en un camastro y queda pensativo.*)

SATÍN.—Organismo... (*Le rectifica.*) Organón...
 ANA.—Andrey Mitrich...
 KLESCH.—¿Qué quieres?
 ANA.—Kvashnia me ha dejado ahí unas empanadillas... Cómetelas...
 KLESCH. (*Acercándose a ella.*)—¿No te apetecen?
 ANA.—No... Yo no necesito comer... Tú, sí... Tú trabajas...
 KLESCH.—¿Tienes miedo...? No, Ana..., no tengas miedo... Quizá todavía...
 ANA.—Anda, cómetelas... Estoy muy mal...
 KLESCH.—Eso no es nada... Puede que te cures... A veces...

(*Sale a la cocina.*)

ACTOR. (*En voz alta, como si despertara de pronto.*)—Ayer, en el hospital, me dijo el doctor: su organismo está completamente envenenado por el alcohol.
 SATÍN. (*Sonriendo.*)—Organón...
 ACTOR. (*Con insistencia.*)—No es organón. Es or-ga-nis-mo...
 SATÍN.—Sicambro...
 ACTOR. (*Con un gesto de impaciencia.*)—¡Te estoy hablando en serio! Si mi organismo está envenenado, quiere decirse que me hace daño barrer el suelo, respirar polvo...
 SATÍN.—¡Macrobiótica..., ja!
 BUBNOV.—¿Y eso qué es?
 SATÍN.—No estoy seguro... Se me ha olvidado.
 BUBNOV.—Entonces ¿por qué nos machacas la cabeza?
 SATÍN.—Porque sí... Me aburren las palabras, todas las palabras humanas me tienen hartó... Cada una la he oído más de mil veces...

ACTOR.—En el "Hamlet", que es un drama, se dice: "¡Palabras, palabras, palabras!" Una obra muy buena... Yo hacía el sepulturero.

(Entra KLESCH.)

KLESCH.—¿Por qué no recitas un poco con la escoba?

ACTOR.—¡Bah...! (Se golpea el pecho.) "¡Ofelia! ¡Oh..., acuérdate de mí en tus oraciones!"

(Se escucha un ruido sordo, gritos y el sonido del silbato de un policía. Todo ello da la sensación de producido muy lejos. Rápidamente, KLESCH comienza a trabajar con una lima.)

SATÍN.—Me gustan las palabras difíciles, raras... Cuando era joven trabajé en Telégrafos..., leí muchos libros...

BUBNOV.—¿También has sido telegrafista?

SATÍN.—Sí... (Con sonrisa irónica.) Hay libros muy buenos y muchísimas palabras muy curiosas. Entonces yo era un hombre instruido.

BUBNOV.—¡Sí, ya lo sé, siempre lo mismo! ¡Fuiste! ¡Qué manera de darse importancia! Yo fui peletero y tuve taller propio. Los brazos se me ponían amarillos de trabajar mis pieles; amarillos hasta el codo. Pensaba que toda la vida los tendría así, que, hasta la muerte, los tendrían amarillos... Sin embargo, ahora, ya ves... Están sucios, simplemente.

SATÍN.—Bueno, ¿y qué más?

BUBNOV.—¡Nada más!

SATÍN.—¿Y qué has querido decir con eso?

BUBNOV. (Pausa.)—¿Te das cuenta...? Resulta que, aunque te pintes mucho por fuera, todo acaba borrándose... ¡Se borra todo!

SATÍN.—¡Ah...! Me duelen los huesos.

ACTOR. (Sentado, abrazándose las rodillas.)—La instrucción es una tontería; lo principal es el talento. Conocí yo a un actor que apenas sabía leer, pero interpretaba los personajes de tal manera que el teatro crujía y se tambaleaba con los aplausos del público.

SATÍN.—¡Bubnov, dame cinco copecs!

BUBNOV.—No tengo más que dos.

ACTOR.—Lo necesario para el artista es el talento. Talento y confianza en sí mismo, en sus propias fuerzas...

SATÍN.—Dame cinco copecs y creeré en tu talento; creeré que eres un héroe, un cocodrilo, un comisario de Policía... ¡Klesch, dame cinco copecs!

KLESCH. (Airado.)—¡Vete al diablo! ¡Sólo me faltaba manteneros...!

SATÍN.—¿Por qué te quejas? ¡Si ya sabemos que no tienes donde caerte muerto!

ANA.—Andrey Mitrich... Aquí me ahogo... No puedo respirar...

KLESCH.—¿Y qué quieres que haga?

BUBNOV.—Abre la puerta del patio, por lo menos.

KLESCH.—Estás sentado en el camastro y yo en el suelo. Déjame el sitio y ábrelo tú... Ya estoy bastante resfriado.

BUBNOV. (Sin moverse.)—Por mí... Es tu mujer quien lo pide.

KLESCH. (Refunfuñando.)—¡Aquí todos sois a pedir!

SATÍN.—Me estalla la cabeza... ¿Por qué ha de tener todo el mundo la manía de pegar precisamente en la cabeza?

BUBNOV.—No sólo en la cabeza, sino en el cuerpo entero. (Se levanta.) Me voy a comprar hilo... ¿Y los patronos? Aún no han aparecido esta mañana. ¿Habrán reventado ya?

(Sale. ANA tose. SATÍN, con las manos detrás de la cabeza, está echado, inmóvil. El ACTOR mira tristemente a su alrededor y se acerca a ANA.)

ACTOR.—¿Cómo te encuentras?

ANA.—Me ahogo.

ACTOR.—¿Quieres que te lleve ahí fuera? Anda, levántate... (Ayuda a la mujer a incorporarse, echa sobre sus hombros una especie de chal que parece un trapo y, sosteniéndola, la conduce al vestíbulo.) Vamos..., apóyate... Yo también estoy enfermo..., envenenado por el alcohol...

(Entra KOSTILEV.)

KOSTILEV. (En la puerta.)—¿Qué...? ¿De paseo...? ¡Vaya una pareja...!

ACTOR.—Aparta. ¿No ves que pasan dos enfermos?

KOSTILEV.—Adelante, adelante... (Tarareando un cántico de igle-

sia, mira sospechosamente la posada nocturna e inclina la cabeza como si algo le llamara la atención en el cuarto de PEPEL. KLESCH, muy visiblemente, se enfrasca en su tarea, haciendo mucho ruido con los juegos de llaves y con las limas, mientras observa de reojo al patrón. Este le pregunta:)
¿Limas?

KLESCH.—¿Qué?

KOSTILEV.—Digo que si limas... (Pausa. Finge hacer memoria.)

Tenía yo que preguntarle algo... (De repente, en voz baja.)

¿Ha estado aquí mi mujer?

KLESCH.—No la he visto.

KOSTILEV. (Acercándose sigiloso a la puerta de la habitación de PEPEL.)—¡Mucho sitio ocupas por dos rublos al mes! La cama más grande... y todas esas llaves y herramientas de tu trabajo. [¡Ocupas un sitio de cinco rublos como mínimo!] No voy a tener más remedio que subirte el alquiler cincuenta copecs.

KLESCH.—Mejor será que me echas una cuerda al cuello y aprietas... [Vas a reventar cualquier día, y, sin embargo, no dejas de pensar en el dinero.]

KOSTILEV.—¿Estrangularte yo? ¿Para qué? ¿Quién puede sacar provecho de tu muerte? No... Vive cuanto te parezca y que Dios sea contigo... Te subiré cincuenta copecs mensuales, eso sí, compraré aceite para la lamparilla y arderá mi ofrenda delante de los santos iconos. Lo haré en expiación de mis pecados y de los tuyos. Porque tú no piensas nunca en tus pecados... Andriuchka..., eres una mala persona. Nadie te quiere, nadie te respeta. Tu trabajo es ruidoso y destroza los oídos.

KLESCH. (Grita.)—¿A qué has venido? ¿A mortificarme?

(SATÍN murmura alto.)

KOSTILEV. (Estremeciéndose.)—¡Eh...!

(Vuelve el ACTOR.)

ACTOR.—He dejado a esa pobre mujer en el patio y la he abrigado un poco...

KOSTILEV.—¡Eres muy bueno, hermano! Has hecho bien. Dios te lo pagará.

ACTOR.—¿Cuándo?

KOSTILEV.—En la otra vida. Allí se lleva una cuenta de todo lo que hacemos; de lo bueno y de lo malo.

ACTOR.—Más valdría que tú me recompensaras aquí abajo.

KOSTILEV.—¿Cómo?

ACTOR.—Perdonando la mitad de mi deuda.

KOSTILEV. (Sonríe.)—Siempre gastando bromas... ¿Crees tú que podemos meter en una misma bolsa la bondad y el dinero? La bondad está por encima de todos los bienes terrenales y tu deuda sólo es una cuestión de dinero. Luego estás obligado a pagármela. La bondad ya me la debes, puesto que soy viejo.

ACTOR.—Sí..., viejo... ¡y bribón!

(Sale hacia la cocina. KLESCH se levanta y va al zaguán.)

KOSTILEV. (A SATÍN, por KLESCH.)—Mira cómo huye el rechidientes... (Ríe.) No me puede sufrir, ¿verdad?

SATÍN.—Sólo el diablo puede sufrirme.

KOSTILEV. (Sonríe, afable.)—Pero yo os quiero a todos, os comprendo, hermanos, pordioseros, vagabundos, fracasados... (De improviso, rápidamente.) ¿Y Vasili? ¿Está en casa?

SATÍN.—Míralo tú.

KOSTILEV. (Se acerca a la puerta de PEPEL y llama.)—¡Vasili!

(El ACTOR aparece en la puerta de la cocina. Viene masticando algo.)

PEPEL. (Dentro.)—¿Quién es?

KOSTILEV.—Soy yo..., Vasili. Yo...

PEPEL.—¿Qué quieres?

KOSTILEV. (Apartándose.)—Abre...

SATÍN. (Sin mirar a KOSTILEV.)—¿Cómo te va a abrir, estando ella ahí dentro...?

(El ACTOR no puede contener la risa.)

KOSTILEV. (Alterado, a media voz.)—¿Eh? ¿Quién está ahí? ¡A ver, tú...!

SATÍN.—¿Es a mí?

KOSTILEV.—¡Repíte lo que acabas de decir!

SATÍN.—No he dicho nada. Cosas más...

KOSTILEV.—¡Pues mucho cuidado con esas bromas! (*Llama a la puerta con fuerza.*) ¡Vasili!

PEPEL. (*Abriendo.*)—¿A qué viene tanto golpe?

KOSTILEV. (*Mirando dentro de la habitación, intimidado.*)—Quería solamente... Verás...

PEPEL.—¿Has traído el dinero?

KOSTILEV.—Tengo que hablar contigo.

PEPEL.—¿Traes el dinero?

KOSTILEV.—¿Qué dinero? Aguarda...

PEPEL.—¡Siete rublos por el reloj!

KOSTILEV.—¿Un reloj, Vasili? No te entiendo.

PEPEL.—¡Ya me has oído! Ayer, delante de testigos, te vendí un reloj en diez rublos. Me has dado tres; faltan siete. ¿Por qué me haces guiños? Mucho molestar a la gente, en vez de pagar lo que debes.

KOSTILEV.—¡Chis...! No te enfades, Vasili... El reloj era...

SATÍN.—Robado.

KOSTILEV. (*Energico.*)—¡Y yo no compro nada robado!

PEPEL. (*Le coge por los hombros.*)—Entonces, ¿por qué vienes a mí? ¡Vete!

KOSTILEV.—Bueno, sí, está bien... Si te pones así, me iré...

PEPEL.—¡Y busca de prisa el dinero!

KOSTILEV.—¡Partida de harapientos...!

(*Sale.*)

ACTOR.—¡Qué comedia...!

SATÍN.—A mí me gusta...

PEPEL.—¿Para qué ha venido?

SATÍN. (*Riendo.*)—Pero, ¿no lo has comprendido todavía? Anda buscando a su mujer. ¿Por qué no acabas con él de una vez, Vasili?

PEPEL.—¿Voy a echar a perder mi vida por semejante tipo?

SATÍN.—Hazlo con vista... Luego te casas con Varia... y te conviertes en nuestro patrón.

PEPEL.—¡Buen porvenir! Para que os bebáis en la taberna, no sólo mi fortuna, sino a mí mismo, de generoso que soy. (*Se sienta en un camastro.*) Me ha despertado ese imbécil, cuando estaba en el mejor sueño... Estaba pescando y había sacado una trucha formidable... una de esas que sólo se pescan

en sueños... Cuando picó el anzuelo, empecé a sacarla muy despacio, para que no se rompiera el hilo... Ya casi la tenía...

SATÍN.—No era una trucha. Era Varia.

ACTOR.—A Varia ya la ha pescado hace tiempo.

PEPEL. (*Malhumorado.*)—¡Idos con ella al diablo!

(*Entra KLESCH.*)

KLESCH.—Hace un frío de perros.

ACTOR.—¿Por qué no has traído a Ana? Se va a quedar helada ahí fuera.

KLESCH.—La ha llevado Natasha a la cocina.

ACTOR.—Seguro que el viejo no la deja estar ahí.

KLESCH. (*Sentándose a trabajar.*)—Bueno... Ya la traerá Natasha.

SATÍN.—¡Vasili! ¡Dame cinco copecs!

ACTOR. (*A SATÍN.*)—¿Cinco copecs? ¡Miserable...! Vasili, qué menos que veinte copecs...

PEPEL.—Tomad, tomad, de prisa... Antes de que me pidáis un rublo.

SATÍN.—¡No hay gente en el mundo tan honrada como los ladrones!

KLESCH. (*Contrariado.*)—Ganan el dinero fácilmente, sin trabajar.

SATÍN.—El dinero les llega a muchos con facilidad, pero son pocos los que saben desprenderse de él. ¿El trabajo...? Dame una ocupación que me resulte agradable y quizá... Sí, puede que sí... Cuando se trabaja con gusto, la vida es buena; pero, si el trabajo te lo imponen, la vida es una esclavitud. (*Al ACTOR.*) ¡Eh, tú, Sardanápalo, vámonos!

ACTOR.—¡Vamos, Nabucodonosor! ¡Me voy a emborrachar... como cuarenta mil borrachos juntos!

(*Salen SATÍN y el ACTOR.*)

PEPEL. (*Bostezando.*)—¿Cómo está tu mujer?

KLESCH.—Mal... Muy mal... (*Continúa limando. Pausa.* PEPEL le observa con atención.) ¿Qué miras?

PEPEL.—Te afanas inútilmente.

KLESCH.—¿De dónde quieres que saque para comer?

PEPEL.—Hay hombres que viven sin trabajar.

KLESCH.—¿Hombres? ¿Te refieres a esos ladrones y holgazanes? ¡Me da vergüenza verme entre ellos! Desde mi infancia no he hecho otra cosa, sino trabajar. ¿Crees que no saldré de aquí? ¡Aunque tuviera que dejar pedazos de mi carne...! Cuando se muera mi mujer... Llevo seis meses con vosotros y ya me parecen seis años...

PEPEL.—Ninguno de los de aquí es peor que tú. Hablas por hablar.

KLESCH.—¿Que no son peores? ¡Viven sin honradez, sin conciencia!

PEPEL.—¿Y para qué sirve eso? No creo que la honradez y la conciencia puedan abrigarte los pies cuando hiela. La honradez y la conciencia sólo pueden tenerla los que tienen el poder y la fuerza.

(Entra BUBNOV.)

BUBNOV. (*Resoplando.*)—¡Estoy helado!

PEPEL.—¡Bubnov! ¿Tienes tú conciencia?

BUBNOV.—¿Conciencia?

PEPEL.—Sí.

BUBNOV.—¿Y para qué la quiero? Yo no soy rico.

[PEPEL.—Eso mismo digo yo. Sin embargo, Klesch nos desprecia, porque dice que no tenemos conciencia...

BUBNOV.—Querrá que le prestemos un poco.

PEPEL.—No. Parece que tiene mucha...

BUBNOV.—¿Entonces, la vende? No creo que aquí consiga vender mucha. Yo, a lo mejor, lo que le compraría es una sombrerera vieja, al fiado, por supuesto.]

PEPEL. (*En tono doctoral.*)—[¡Eres un infeliz, Andrey!] Te vendría oír hablar sobre la conciencia a Satín... o al Barón.

KLESCH.—No tengo nada que hablar con ellos.

PEPEL.—Son más inteligentes que tú, a pesar de ser unos borrachos.

BUBNOV.—Un borracho inteligente vale por dos abstemios imbeciles.

PEPEL.—Satín, por ejemplo, dice: todo el mundo quiere que los demás tengan conciencia. Ahora, que lo de tenerla uno mismo, eso ya...



(Entra NATASHA. *Tras ella, LUKA, con un bastón en la mano, unas alforjas al hombro, una marmita y una tetera en el cinturón.*)

NATASHA.—Traigo un inquilino nuevo.

LUKA.—¡Buenos días, gente honrada!

PEPEL. (*Se atusa el bigote.*)—¡Ah, Natasha...!

BUBNOV. (*A LUKA.*)—Fuimos honrados, sí, pero una vez...

LUKA.—Bueno, es lo mismo. Yo aprecio a todo el mundo, hasta a los ladronzuelos. Para mí, ni una pulga es mala; todas son negritas y todas saltan. (*A NATASHA.*) ¿Dónde puedo colocarme, hija mía?

NATASHA.—Por ahí, abuelo, en la cocina.

LUKA.—Gracias. El sitio de un viejo está donde encuentra un poco de calor. Vamos allá...

(Sale.)

PEPEL.—Nos has traído un viejecito muy divertido, Natasha.

NATASHA.—¡Más que vosotros! Andrey, tu mujer está en la cocina. Ven luego por ella.

KLESCH.—Bueno, ya iré.

NATASHA.—Podías tratarla mejor..., al menos, ahora... que ya...

KLESCH.—Sí, lo sé, lo sé...

NATASHA.—Sabes... Saber es poco; hay que comprender. Es espantoso morirse...

PEPEL.—A mí no me da ningún miedo.

NATASHA.—¡Qué valiente!

BUBNOV. (*Da un silbido.*)—¿Es posible...? ¡Me han vendido el hilo podrido!

PEPEL.—De veras, Natasha, no tengo miedo. Aunque supiera que la muerte iba a llegar ahora mismo. Coge un cuchillo y clávamelo en el corazón... Moriré sin un gemido... Con alegría, incluso, puesto que la muerte vendrá de una mano inocente...

NATASHA. (*Iniiciando la salida.*)—Anda... No te creo...

BUBNOV. (*Ajina la voz.*)—...hilo completamente podrido...

NATASHA. (*En la puerta.*)—No olvides a tu mujer, Andrey.

(Sale.)

KLESCH.—Está bien...
 PEPEL.—Qué muchacha tan buena...
 BUBNOV.—No es mala...
 PEPEL.—Pero no me hace caso... Está empeñada en continuar aquí y acabará hundiéndose.
 BUBNOV.—Por su culpa.
 PEPEL.—¿Por mi culpa? (*Pausa breve.*) Yo la compadezco.
 BUBNOV.—Sí... Como el lobo compadece a las ovejas.
 PEPEL.—¡No es verdad! Me da mucha lástima... Aquí vive muy mal.
 KLESCH. (*En tono de presagio.*)—Aguarda a que Varia te vea hablar con su hermana.
 BUBNOV.—Esa sí que es de cuidado... [Varia no reparte lo suyo con nadie...]
 PEPEL. (*Echándose en un camastro.*)—¡Dejadme en paz! ¡Profetas de desgracias!
 KLESCH.—Aguarda, aguarda y verás...
 LUKA. (*Canturrea en la cocina.*)—“En la noche cerrada... no se ve el camino...”
 KLESCH. (*Yendo hacia la entrada.*)—Ese también aúlla.

(*Sale en dirección a la calle.*)

PEPEL.—¡Qué cansancio...! ¿Por qué esta sensación...? (*Pausa.*) Uno vive, todo marcha bien y, de repente, parece que te envuelve un aire frío..., como un desaliento que te cala hasta los huesos...
 BUBNOV.—¿Tristeza?
 PEPEL.—Sí, tristeza.
 LUKA. (*Cantando.*)—“Ah, ah, no se ve el camino...”
 PEPEL.—¡Oye, viejo!
 LUKA. (*Asoma la cabeza.*)—¿Me llamas a mí?
 PEPEL.—Sí, a ti. Deja de cantar.
 LUKA. (*Entrando.*)—¿No te gusta?
 PEPEL.—Cuando cantan bien, sí.
 LUKA.—¿Lo hago mal, entonces?
 PEPEL.—Eso parece.
 LUKA.—Ahí tienes... Y yo tan convencido de que cantaba bien. Siempre ocurre igual: uno piensa que está haciendo bien las cosas y a la gente no le agrada.

PEPEL. (*Ríe.*)—¡Justo! ¡Eso pasa!
 [BUBNOV.—Dices que estás aburrido y, sin embargo, te ríes.
 PEPEL.—¿Qué sabrás tú! ¡Cuervo!
 LUKA.—¿Quién siente tristeza?
 PEPEL.—Yo.]

(*Entra el BARÓN.*)

LUKA.—Ahí, en la cocina, está sentada una muchacha con un libro en las manos. Lee y llora, al mismo tiempo. ¡De verdad, le corren las lágrimas...! Le he preguntado: ¿Por qué lloras? Porque me da lástima. ¿De qué te da lástima? Y me dice: De éstos, de los del libro...
 BARÓN.—Esa es una imbécil...
 PEPEL.—¿Barón! ¿Has tomado el té?
 BARÓN.—Sí, ¿qué más?
 PEPEL.—¿Quieres que te sirva una botella de vodka?
 BARÓN.—Naturalmente, ¿qué más?
 PEPEL.—Pues ponte a cuatro patas y ladra como un perro.
 BARÓN.—¿Quién te crees que eres? ¿Un gran señor? ¿O es que estás borracho?
 PEPEL.—Anda, ladra siquiera una vez... Diviérteme un poco... ¿No eres tú un señor...? En otros tiempos, todos nosotros éramos basura para ti...
 BARÓN.—¿Y qué?
 PEPEL.—¿Pues que si ahora te obligo a ladrar como un perro, me tienes que obedecer! ¡Vamos, ladra!
 BARÓN.—Por mi parte no tengo inconveniente... Eres un necio... Con qué poco te diviertes... ¿Por qué no me obligaste a ponerme a cuatro patas cuando era muy superior a ti?
 BUBNOV.—Tiene razón.
 LUKA.—Eso creo yo.
 BUBNOV.—Lo pasado, pasado... Aquí ya no hay señores; todo se ha esfumado...
 LUKA.—Entonces, todos somos iguales... ¿Es cierto, amigo, lo de que has sido barón?
 BARÓN. (*Por LUKA.*)—Y eso, ¿qué es? ¿Quién eres tú, mamaracho?
 LUKA. (*Riendo.*)—Yo había visto a un conde, a un príncipe... Sin embargo, es la primera vez que veo a un barón... Y, la verdad, lo encuentro un poco estropeado...

PEPEL. (*Ríe a carcajadas.*)—¡Barón, y me habías dejado mudo!

BARÓN.—Ya va siendo hora de que despiertes, Vasili.

LUKA.—Ay, ay, hermanos... ¡Penosa vida la vuestra!

BUBNOV.—Una vida en la que, nada más levantarte cada mañana, empiezas a aullar.

BARÓN.—Hemos conocido tiempos mejores. Yo, al despertarme, tomaba el café en la cama... ¡Café...! ¡Y con nata...!

LUKA.—¡Y todo por culpa de los hombres! Ya puedes fingir cuanto quieras, que hombre has nacido y hombre morirás...

La gente cada día vive peor, pero no cede en su empeño de vivir mejor algún día... ¡Tercos!

BARÓN.—Oye, ¿puede saberse quién eres? (*Pausa breve.*) ¿Un peregrino?

LUKA.—Todos, en la tierra, somos peregrinos. Y, según he oído decir, nuestra tierra también es peregrina en los espacios del cielo.

BARÓN. (*Severamente.*)—Bueno, muy bien. ¿Y papeles, tienes?

LUKA. (*Pausa.*)—¿Y tú, quién eres? ¿Un soplón de la policía?

PEPEL. (*Jubiloso.*)—¡Buen golpe! ¡Te has caído, baroncito!

BUBNOV.—El señor ha recibido lo suyo!

BARÓN. (*Confuso.*)—Bueno, ¿qué? ¿No puede uno gastar una broma...? (*A LUKA.*) No hagas caso; yo tampoco tengo papeles.

BUBNOV.—¡Mentira!

BARÓN.—Es decir..., papeles... tengo algunos, pero no me sirven para nada.

LUKA.—Nunca sirven para nada esos papelajos.

PEPEL.—¡Barón! Vamos a la taberna...

BARÓN.—¡A la orden! Hasta la vista, abuelo... ¡Eres un pillito!

LUKA.—En el mundo tiene que haber de todo.

PEPEL. (*En la puerta.*)—Vamos.

(PEPEL y el BARÓN salen rápidamente.)

LUKA.—¿De veras que este hombre ha sido barón?

BUBNOV.—Cualquiera sabe... Señor sí que ha debido de ser, porque todavía, ahora, enseña las uñas de cuando en cuando. No ha perdido la costumbre.

LUKA.—El señorío es como la viruela; aunque el hombre cure, quedan las señales.

BUBNOV.—¿Piensas quedarte aquí mucho tiempo?

LUKA.—No lo sé...

BUBNOV.—Vete pronto, abuelo. Cuanto antes, mejor.

LUKA.—¿Por qué?

BUBNOV.—Fíjate en mí. Quizá yo me salvé de ir a Siberia por escapar a tiempo.

LUKA.—¿Eh...?

BUBNOV.—Como lo oyes... Mi mujer y un dependiente de mi taller eran amantes... Qué listo era aquel hombre y qué competente para el trabajo. Las pieles de perro las convertía en las más hermosas pieles de gato montés, y las de gato las transformaba en pieles de canguro o de nutria... Pero se habían liado de tal modo, que hasta quisieron envenenarme. Yo empecé a pegar a mi mujer... y tenías que haber visto la furia con que el dependiente me pegaba a mí. En cierta ocasión, me arrancó de cuajo media barba y me rompió una costilla. Ya comprenderás que tampoco yo era muy delicado pegando; un día le di a mi mujer con las tenazas en la cabeza. Aquello era una guerra continua... Hasta que se apoderó de mí la idea de matar a mi mujer. Qué días tan horribles pasé... Pero reaccioné a tiempo... y me fui.

LUKA.—Bien hecho. Les dejaste a ellos la faena de convertir los perros en ratones.

BUBNOV.—Por desgracia, el taller estaba a nombre de mi mujer y yo me quedé con lo puesto... Entonces, empecé a coger unas borracheras tremendas y, si no me hubiera ido, habría acabado bebiéndome el taller.

LUKA.—¿Borracheras?

BUBNOV.—¡Sí, horribles! [En cuanto empiezo, bebo sin parar, hasta que me convierto en un puro pellejo.] Además, soy un holgazán... No me gusta trabajar...

(*Entra ALESHKA, medio borracho, con un acordeón en las manos.*)

ALESHKA. (*Silba.*)—¡Buenos días...! ¡Muy buenos días...!

BUBNOV.—¿Quieres no dar esos gritos?

ALESHKA.—¡Perdonen... dispensen!... Soy un hombre educado...

BUBNOV.—Otra vez de juerga, ¿eh?

ALESHKA.—¡Sí, ya lo creo! ¡Y en grande! El inspector Media-

kin me ha echado de la Comisaría con estas palabras: "¡Qué tate de mi vista! ¡Que no vuelva a encontrarte en la calle!" ¡También mi patrón me ha reñido...! ¡Quién se cree que es? ¡Nadie! ¡Un borracho! ¡Yo no deseo nada! ¡De verdad! ¡No quiero nada!... (NASTIA viene de la cocina.) ¡Aquí estoy! Ofrecedme un millón y no lo aceptaré... ¡Pero que mande sobre mí un patrón borracho, un hombre como yo, no quiero...! ¡No quiero...!

(NASTIA, de pie en la puerta, mueve la cabeza mirando a ALESHKA.)

LUKA. (Con dulzura.)—¡Ay, muchacho!... Vas a perder la razón...
BUBNOV.—La estupidez humana.

ALESHKA. (Se tumba en el suelo.)—¡Aquí me tenéis, devoradme! ¡No pido nada..., pero soy capaz de todo...! ¿Es que no valgo tanto como los demás? ¿En qué soy peor que ellos? El inspector me dice: "¡No salgas a la calle, si no quieres que te rompa la crisma!" ¡Pero yo saldré! ¡Saldré y me tumbaré en medio de la calle! ¡Pisoteadme!... ¡No deseo nada...! ¡No pido nada...!

NASTIA.—Desgraciado... Tan joven y ya empieza a darse importancia...

ALESHKA. (Ve a NASTIA y se arrodilla frente a ella.)—¡Señorita! "Mademoiselle! Parle français..., le prix courant!" ¡Qué borrachera tengo!

NASTIA. (Murmura, alterada.)—¡Varia!

(Entra VARIA, abriendo bruscamente la puerta.)

VARIA. (A ALESHKA.)—¿Otra vez aquí?

ALESHKA.—Muy buenos días... Bienvenida...

VARIA.—¡Te he dicho que no vuelvas a poner aquí los pies!

ALESHKA.—Varia Kárpovna..., si quieres..., tocaré en tu honor la marcha fúnebre...

VARIA. (Empujándole.)—¡Fuera de aquí!

ALESHKA. (Yendo hacia la puerta.)—No, no me echas... Antes, la marcha fúnebre... Hace muy poco que la he aprendido...
Aguarda, éstas no son maneras...

VARIA.—¡Yo te enseñaré! ¡Chismoso! ¿Quién te manda ir por ahí con embustes sobre mí? ¡Fuera de mi casa!

ALESHKA.—Bueno, ya me voy...

(Sale de prisa.)

VARIA. (A BUBNOV.)—Que no vuelva a entrar, ¿me oyes?

BUBNOV.—Yo no soy tu criado...

VARIA.—No te pregunto lo que eres. Vives aquí por caridad, no lo olvides. ¿Cuánto me debes?

BUBNOV. (Sin inmutarse.)—No he echado la cuenta.

VARIA.—¡Pues ya te la echaré yo!

ALESHKA. (Abre la puerta y grita.)—¡Varia Kárpovna! ¡No te tengo miedo! ¡No te tengo miedo!

(Se esconde. LUKA ríe.)

VARIA.—¿Y tú? ¿Quién eres?

LUKA.—Un peregrino... Estoy de paso.

VARIA.—¿Para una noche, o te quedas a vivir?

LUKA.—Ya veremos.

VARIA.—Tus papeles.

LUKA.—Sí, luego te los daré.

VARIA.—¡No, ahora!

LUKA.—Digo que te los daré... No tengas prisa...

VARIA.—De paso... ¡Otro vagabundo!

LUKA. (Suspira.)—Ay... ¡Qué poco amable eres, señora mía!

(VARIA se dirige hacia la puerta del cuarto de PEPEL. ALESHKA asoma por la cocina.)

ALESHKA. (En voz baja.)—¿Se ha ido?

VARIA. (Volviéndose.)—¿Aún estás ahí? ¡Fuera!

(ALESHKA, escondiéndose, silba. NASTIA y LUKA rien.)

BUBNOV. (A VASILISA.)—No está...

VARIA.—¿Quién?

BUBNOV.—Vasili.

VARIA.—¿Te he preguntado por él?

BUBNOV.—No, pero veo... Veo que husmeas por todas partes.

VARIA.—Vigilo, para que todo esté en orden, ¿comprendes? ¿Por qué no habéis barrido todavía?

BUBNOV.—Hoy le toca barrer al Actor.

VARIA.—No me importa saber a quién le toca. Como venga la Inspección y me multe, os echo a la calle.

BUBNOV. (*Tranquilamente.*)—¿Y de qué ibas a vivir?

VARIA. (*Va a la cocina.* A NASTIA.)—¿Qué haces tú aquí, con esa cara de boba? ¡Mírenla: plantada como un tronco! ¡Vamos, vamos a barrer! (*Pausa breve.*) ¿Has visto... a Nastasha? ¿Ha estado aquí?

NASTIA.—No lo sé, no la he visto.

VARIA.—¡Bubnov! ¿Ha venido mi hermana?

BUBNOV.—Ha sido ella quien le ha traído.

(*Por LUKA.*)

VARIA. (*Señalando la habitación de PEPEL.*)—¿Y ése...? ¿Estaba en casa?

BUBNOV.—¿Vasili? Sí... Pero tu hermana sólo ha hablado con Klesch.

VARIA.—¡No te pregunto con quién ha hablado! ¡Por todos los rincones basura, suciedad! ¡Cerdos!

(*Sale de prisa.*)

BUBNOV.—¡Es una fiera!

LUKA.—Es poco amable la buena señora.

NASTIA.—Cualquier mujer sería igual con un marido como el suyo.

BUBNOV.—Para el caso que le hace...

LUKA.—¿Y siempre está de mal humor?

BUBNOV.—Siempre, y ahora se ha enfadado porque venía a buscar a su amante y no le ha encontrado.

LUKA.—¡Ay, ay, ay!... Cuánta gente quiere mandar en la tierra... El caso es pasar la vida mortificándose unos a otros y, en cambio, no existe el orden...

BUBNOV.—Todos quieren el orden, y lo que crean es el desorden. En fin, habrá que barrer... Anda, Nastia...

NASTIA.—No faltaba más... Ni que fuera vuestra criada... (*Pausa.*) Estoy pensando... que voy a cogerme una borrachera.

BUBNOV.—¡Buena idea!

LUKA.—¿Por qué, hija mía? Hace un rato te he visto llorar y ahora dices que vas a emborracharte.

NASTIA. (*Agresiva.*)—Pues sí, señor. Primero me emborracharé y luego volveré a llorar.

LUKA.—Pero ¿por qué? ¿Hay algún motivo? Ni un simple grano sale en la cara sin motivo. (*NASTIA mueve la cabeza en silencio.*) Ay, pobres gentes... ¿Qué va a ser de vosotros? Barreré yo. ¿Dónde está la escoba?

BUBNOV.—En el patio, detrás de la puerta. (*LUKA sale.*) ¡Nastia!

NASTIA.—¿Qué?

BUBNOV.—¿Por qué se ha enfadado tanto la patrona con Aleshka?

NASTIA.—Aleshka va diciendo por ahí que Vasili está harto de ella... y que ahora quiere llevarse a su hermana. (*Pausa.*) Yo también me iré a vivir a otra parte... Aquí estoy de más... Sí, irme, irme muy lejos...

BUBNOV. (*Tranquilamente.*)—En cualquier sitio te ocurrirá lo mismo... Todos estamos de más sobre la tierra...

(*NASTIA afirma con la cabeza. Se levanta y sale despacio. Entra MEDVEDEV. Tras él LUKA con la escoba.*)

MEDVEDEV. (*A LUKA.*)—Me parece que a ti no te conozco.

LUKA.—¿Es que conoces a todo el mundo?

MEDVEDEV.—Tengo la obligación de conocer, uno por uno, a los habitantes de mi distrito. Sin embargo, no sé quién eres tú.

LUKA.—Eso te pasa porque tu distrito no comprende toda la tierra, amigo; queda fuera un pedacito...

(*Sale a la cocina.*)

MEDVEDEV. (*Acercándose a BUBNOV.*)—Verdaderamente, mi distrito es pequeño, aunque tal vez sea peor que cualquier otro grande. Hace un momento, [poco antes de acabar el servicio,] he detenido a Aleshka, el zapatero, y le he llevado a la Comisaría. Se había tumbado en medio de la calle, to-

cando el acordeón y gritando como un loco: "¡No quiero nada! ¡No deseo nada!" Figúrate, expuesto a que le aplastaran las ruedas de un coche... ¡Qué muchacho tan rebelde. [Menos mal que le he echado mano inmediatamente.] Ese Aleshka... es muy amigo de alborotar.

BUBNOV.—¿Vendrás esta noche a jugar a las damas?

MEDVEDEV.—Seguramente... Oye..., ¿qué hay de Vasili?

BUBNOV.—Nada de particular... Lo de siempre.

MEDVEDEV.—¿Sus cosas van bien, entonces...?

BUBNOV.—Sí... ¿Por qué iban a ir mal? El puede vivir...

MEDVEDEV. (*Dubitativo*).—Bueno, claro... (LUKA *pasa al zaguán con un cubo*.) No..., es que... se habla de él... ¿Tú no has oído...?

BUBNOV.—Algo..., sí... Tantas cosas se oyen...

MEDVEDEV.—Es que se habla de él... y de Varia. ¿No ha llegado a tus oídos?

BUBNOV.—¿El qué?

MEDVEDEV.—No sé... Alguna conversación... (*Con severidad*.) ¡No se debe mentir, amigo! ¡Tienes que saberlo, igual que lo saben todos!

BUBNOV. (*Digno*).—¿Me acusas de mentiroso?

MEDVEDEV.—¡Atajo de desvergonzados! Han propagado por ahí que Vasili y Varia... Ya me comprendes, ¿no? Bueno, y digo yo, a mí ¿qué? No soy su padre; soy su tío únicamente. ¡Gentuza! ¡Siempre encuentran algún motivo para burlarse de los demás!

(*Entra KVASHNIA.*)

KVASHNIA.—¡Queridísimo general...! ¿Qué te parece, Bubnov? Otra vez ha estado dándome la monserga en el mercado para que me case con él.

BUBNOV.—¡Vamos, hombre, y qué esperas! Tiené dinero y todavía es un galán con energías.

MEDVEDEV.—¿Yo?

(*Ríe a carcajadas.*)

KVASHNIA.—Ah, no, no... Ya estuve una vez casada y lo recordaré toda la vida. Para una mujer, el matrimonio es co-

mo tirarse al río en pleno invierno; una cosa que no se hace dos veces.

MEDVEDEV.—Calma, calma... Hay maridos... y maridos.

KVASHNIA.—Pero yo sigo siendo la misma. Cuando reventó mi querido esposo —que espero esté quemándose en el infierno—, me entró una alegría tan grande que estuve sentada en casa un día entero. Me parecía mentira tanta felicidad.

MEDVEDEV.—¿Por qué no te quejaste a la Policía de que te pegaba sin razón?

KVASHNIA.—A Dios me estuve quejando ocho años y no me hizo caso.

MEDVEDEV.—Han cambiado los tiempos... Ahora está prohibido pegar a las mujeres. Actualmente existen leyes, orden y autoridad. No se puede maltratar a nadie sin razón. Hoy día, cuando pegan, pegan para mantener el orden.

(*Entra LUKA, sosteniendo a ANA.*)

LUKA.—Así, eso es... Hale, vamos, poquito a poco... ¿Cómo vas a andar sola, estando como estás? ¿Cuál es tu sitio?

ANA. (*Señalando la cama*).—Gracias, abuelo...

KVASHNIA.—¡Ahí tenéis! ¡Casada! ¡Miradla!

LUKA.—Está muy enferma... Venía por el pasillo agarrándose a las paredes y quejándose... ¿Por qué la habéis dejado sola? KVASHNIA.—No nos hemos dado cuenta, perdóne usted... Por lo visto, su sirvienta ha salido de paseo...

LUKA.—Te ríes... ¿Crees que se puede abandonar así a un ser humano? No... Por muy humilde que sea su condición, siempre tiene su valor.

MEDVEDEV.—Es cierto... Hay que vigilarla. Si se muere de repente, vaya complicación... ¡Hay que vigilarla!

[LUKA.—¡Justo, señor brigada!

MEDVEDEV.—Bueno..., aún no he ascendido a brigada.

LUKA.—¿Ah, no? ¡Qué cosas! Sin embargo, tienes toda la apariencia de un héroe.]

(*Se oye ruido en el zaguán y gritos contenidos.*)

MEDVEDEV.—¿Oís? Parece que alborotan ahí fuera.

BUBNOV.—Sí...

KVASHNIA.—Voy a ver.

(Sale.)

MEDVEDEV. (*Remolón.*)—Tendré que ir yo también... Ay, este servicio... ¿Por qué habrá la costumbre de separar a la gente cuando riñe? Dejándoles se pacifican ellos solos [porque no hay duda de que pegarse cansa lo suyo. Yo les dejaría en libertad y que se pegaran cuanto quisieran. Así habría menos peleas; la gente dispondría de más tiempo para acordarse de los golpes recibidos].

BUBNOV. (*Bajando del camastro.*)—Propónselo a tus superiores...
KOSTILEV.—¡Abram! ¡Haz algo, de prisa! Varía va a matar a Natasha! ¡De prisa.

(KOSTILEV, MEDVEDEV y BUBNOV se precipitan al zaguán. LUKA cabecea, acompañándoles con la mirada.)

ANA.—Señor, Señor... ¡Pobre Natasha!

LUKA ¿Quiénes pelean?

ANA.—Las patronas... Las dos hermanas...

LUKA. (*Acercándose a ANA.*)—¿Tienen algo que repartir?

ANA.—Nada... Están bien comidas..., tienen buena salud...

LUKA.—¿Cómo te llamas?

ANA.—Ana. No hago más que mirarte... Me recuerdas a mi padre..., te pareces a él... Tan cariñoso, tan suave...

LUKA.—Me han estrujado mucho, por eso estoy tan suave.

(Tiene una sonrisa temblorosa.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. Es de noche

(SATÍN, el BARÓN, KRIVOY ZOB y el TÁRTARO juegan a las cartas, en el camastro que está junto a la estufa. KLESCH y el ACTOR contemplan la partida. BUBNOV, en un camastro, juega a las damas con MEDVEDEV. LUKA permanece sentado en un taburete, junto a la cama de ANA. Dos lámparas iluminan la posada: una cuelga de la pared sobre los que juegan a las cartas y la otra está en el camastro de BUBNOV.)

TÁRTARO.—Yo jugar todavía una vez... Luego, no jugar más.

BUBNOV.—¡Canta, Zob! (*Entona.*) El sol sale y se pone...

ZOB. (*Acompañándole.*)—... pero mi celda está sin luz...

TÁRTARO. (*A SATÍN.*)—¡Baraja bien las cartas! ¡Baraja bien! Ya sabemos quién eres...

BUBNOV y ZOB. (*Cantando juntos.*)—Centinelas, día y noche, vigilando mi ventana...

ANA.—Golpes..., insultos... ¡No he conocido otra cosa!

LUKA.—No pienses más... Tranquilízate...

MEDVEDEV.—¿Qué haces? ¡Presta atención!

BUBNOV. (*Rectifica la jugada.*)—Ah, sí, sí...

TÁRTARO. (*Amenaza a SATÍN con el puño.*)—¡Eh, eh, tú! ¿Por qué esconder carta? ¡Yo ver!

ZOB.—Déjalo, Asán. De todas maneras nos van a ganar. ¡Venga, canta, Bobnov!

ANA.—No recuerdo haber comido nunca bastante... Contar cada pedazo que te echas a la boca..., temblar toda la vida... Siempre con miedo a comer un bocado de más... Siempre vestida de harapos... Toda la vida... ¿Por qué? ¿Por qué?

LUKA.—Criatura... Qué le vamos a hacer... ¿Estás cansada?

ACTOR. (*A ZOB, indicándole una carta.*)—¡Echa ésta!

ZOB.—¡Cállate!

ACTOR.—¡Esta, hombre, ésta!

BARÓN.—Díle, díle todo lo que quieras... Tenemos un rey.

KLESCH.—Siempre ganan.

SATÍN. (*Irónico.*)—Sí, seguro... Es nuestra costumbre...

MEDVEDEV.—¡Dama!

BUBNOV.—¡Eh, eh, yo también!

ANA.—Estoy agotada... La vida se me va... poco a poco...

KLESCH. (*Al TÁRTARO.*)—¡Míralos, míralos! ¡Deja de jugar, Asán! ¡Más vale que lo dejes!

ACTOR.—¡No necesita tus consejos!

BARÓN.—¡Calla la boca, Andrey! ¡A ver si te echo de aquí!

TÁRTARO.—¡Dar cartas otra vez! ¡Otra vez cartas! [¡Tanto ir el cántaro a la fuente se rompió! ¡Yo soy como el cántaro!]

(KLESCH, moviendo la cabeza, se acerca a BUBNOV.)

ANA.—No dejo de pensar... ¡Señor...! ¿Será posible que en el otro mundo me aguarde también el sufrimiento? ¿Será posible que allí también...?

LUKA.—No, allí no sufrirás... Allí no habrá nada; descansarás... Nada... Sólo te hace falta un poquito más de paciencia... Todos padecemos; en la vida, de un modo o de otro, todos padecemos.

(*Se levanta y sale a la cocina con paso ligero.*)

BUBNOV. (*Cantando.*)—Guardadme bien, carceleros.

ZOB. (*Cantando.*)—Que no me quiero escapar... (*A dos veces.*)

La libertad es mi sueño y la prisión mi despertar...

TÁRTARO. (*Grita.*)—¡Eh, cuidado! ¡Tú meter carta en la manga!

BARÓN. (*Avergonzado.*)—¿Y dónde quieres que la meta? ¿En tus narices?

ACTOR. (*Pensativo.*)—No, Asán, te has equivocado. Aquí, jamás se hacen esas cosas.

TÁRTARO.—¡Yo he visto! ¡Tramosos! ¡No juego más!

SATÍN. (*Recogiendo las cartas.*)—Bueno, Asán... Si sabías que somos unos tramosos, ¿por qué te has sentado a jugar con nosotros?

BARÓN.—Ha perdido veinte copecs y alborota como si fueran tres rublos. ¡Bah, estos príncipes tártaros...!

TÁRTARO. (*Excitado.*)—¡Hay que jugar honradamente!

SATÍN.—¿Para qué?

[TÁRTARO.—¿Cómo que para qué?

SATÍN.—Sí, te pregunto: jugar honradamente, ¿para qué?]

TÁRTARO.—¿No lo sabes?

SATÍN.—No. ¿Y tú, lo sabes?

(*El TÁRTARO, furioso, escupe en el suelo. Todos los demás se rien de él.*)

ZOB. (*Bondadoso.*)—Eres un infeliz, Asán... ¿No lo comprendes? Si empezaran a vivir honradamente, se morirían de hambre en tres días.

TÁRTARO.—¡Y a mí qué me importa! ¡Hay que vivir con honestidad!

ZOB. (*Encoge los hombros.*)—Bueno, allá tú... Vamos a tomarnos un té. ¡Bubnov! (*Canta.*) Ay, cadenas, mis cadenas.

BUBNOV. (*Canta.*)—Carceleros sois de hierro.

ZOB.—Venga, Asán... (*Canta.*) No puedo romperos...

(*Sale cantando. El TÁRTARO amenaza al BARÓN con el puño y sigue a ZOB.*)

SATÍN. (*Al BARÓN, riendo.*)—[Su excelencia ha metido otra vez el pie en el charco...] ¡Un hombre de tu cultura, incapaz de escamotear una carta!

BARÓN.—No me explico cómo...

(*Abriendo los brazos.*)

ACTOR.—No tienes talento... No tienes fe en ti mismo... Es inútil...

MEDVEDEV.—Yo, una dama, y tú, dos.

BUBNOV.—Con una basta, si es inteligente... Juega.

KLESCH.—Está usted perdido, Abram Ivanich.

MEDVEDEV.—¡Y a ti qué te importa! ¡Cállate!

SATÍN.—Hay ganancias: cincuenta y tres copecs.

ACTOR.—¡Tres para mí! (*Pausa breve.*) Claro, que... ¿qué hago yo con tres copecs?

(*Entra LUKA.*)

LUKA.—Después de engañar al Tártaro, a beber "vodka"...

BARÓN.—¡Ven con nosotros!

SATÍN.—Me gustaría verte borracho alguna vez...

LUKA.—No estoy mejor que así, os lo aseguro.

ACTOR.—Anda, ven y te recitaré unos versos.

LUKA.—¿Qué?

ACTOR.—Versos...

LUKA.—¿Y para qué quiero yo versos?

ACTOR.—Hombre, es divertido... Aunque..., a veces, entristecen.

SATÍN.—Bueno, ¿vienes o no?

(*Sale con el BARÓN.*)

ACTOR.—Ahora voy... (*A LUKA.*) Verás, escucha esta poesía... (*Un silencio.*) Se me ha olvidado... el principio... ¿Cómo era...? ¡Se me ha olvidado por completo...!

(*Se pasa la mano por la frente.*)

BUBNOV.—¡Amigo, has perdido la dama! Te toca.

MEDVEDEV.—Me he equivocado de jugada... ¡Que se la lleve el diablo!

ACTOR.—Hace tiempo, cuando mi organismo no estaba envenenado por el alcohol, tenía buena memoria... La he perdido... y todo ha terminado para mí... Antes, recitaba estos versos con un éxito enorme... ¡Truenos de aplausos! Tú no sabes lo que son los aplausos; eso, hermano, es como el "vodka". Cuando salía a escena y me ponía así, en esta postura... (*Adopta una pose.*) Empezaba y... (*Un silencio.*) No

recuerdo nada..., ni una palabra..., no recuerdo... mi poema favorito... Esto es malo, ¿verdad?

LUKA.—Bueno... no es. Olvidar aquello que más se quiere... es como perder el alma.

ACTOR.—El alma me la he bebido... ¿Sabes por qué he llegado a esta situación? Por no creer en mí mismo. Estoy acabado...

LUKA.—No, hombre... Puedes curarte. [Ahora existen remedios para tu enfermedad, ¿me oyes?] Hay un hospital para los alcohólicos, donde curan de balde. [Por fin han reconocido que son personas como los demás y hasta se alegran cuando alguien les pide ayuda.] ¿Eh, qué te parece? Vamos, decidete. Ve allí.

ACTOR. (*Pensativo.*)—¿Adónde...? ¿Dónde está eso...?

LUKA.—Pues eso..., verás, es en una ciudad... ¿Cómo se llama...?

Tiene un nombre... Ya te lo diré. Mientras tanto, ve preparándote. ¡Procura contenerte! ¡No bebas! ¡Pon en ello toda tu voluntad! Después te curarás... y empezará para ti una nueva vida... ¡Decidete! A la una, a las dos...

ACTOR. (*Sonriendo.*)—Una nueva vida, volver al principio... Eso está bien... ¡Sí...! (*Ríe.*) ¡Sí...! Pero, ¿podré? Quizá no pueda...

LUKA.—¿Por qué no? El hombre lo puede todo; no hay más que querer.

ACTOR. (*De repente, como si despertase.*)—Eres un tipo muy extraño. ¡Hasta la vista! (*Silba.*) Adiós, viejecito...

(*Sale.*)

ANA.—Abuelo...

LUKA.—¿Qué quieres?

ANA.—Habla un poquito conmigo...

LUKA. (*Acercándose a ella.*)—Bueno, vamos a hablar un poquito... (*KLESCH mira en derredor, va silenciosamente al lado de su mujer, la mira y gesticula, como si deseara decir algo.*) Pausa. ¿Qué quieres decir?

KLESCH. (*A media voz.*)—Nada...

(*Se dirige despacio a la puerta del zaguán, se detiene unos segundos ante ella y sale.*)

LUKA. (*Siguiéndole con la mirada.*)—Tu marido también sufre.

ANA.—El no me importa ya...

LUKA.—¿Te pegaba?

ANA. (*Afirma con la cabeza.*)—Por eso estoy así...

BUBNOV.—Mi mujer tenía un amante. Por cierto, un sujeto que jugaba a las damas divinamente. ¡Canalla...!

(MEDVEDEV le contesta con un gruñido.)

ANA.—Háblame... ¿Por qué no me hablas? Me siento muy mal...

LUKA.—Espera, espera un poquito más... Luego alcanzarás la verdadera tranquilidad... No debes tener miedo, porque no necesitarás nada. Hallarás la paz y el silencio... La muerte lo sosiega todo; es una caricia... La gente dice: cuando te mueras descansarás. Y es cierto. Porque aquí, ¿dónde puede uno descansar?

(*Entra PEPEL, un poco bebido, desgreñado, triste. Se sienta en el camastro, junto a la puerta, callado e inmóvil.*)

ANA.—Pero allí, ¿qué me va a pasar? ¿Tendré que sufrir aún más?

LUKA.—No... Allí no sufrirás... Ten fe. Te llamarán delante del Señor y dirán: "Señor, ha venido tu sierva Ana".

MEDVEDEV. (*Con severidad.*)—¿Quién te ha contado lo que le van a decir allí?

(*Al oír la voz de MEDVEDEV, PEPEL levanta la cabeza y escucha.*)

LUKA.—Cuando lo digo es porque lo sé, [señor brigada.

MEDVEDEV.—Ah, bueno, allá tú. Y ya te he dicho que aún no soy brigada.]

BUBNOV.—Eh, atiende. Te como dos.

MEDVEDEV.—¿Sí? ¿A ver? ¡Maldito...!

LUKA.—El Señor te mirará dulcemente y dirá: "Conozco a esta Ana. Llevadla al paraíso. Que encuentre la paz. Tiene que descansar, sí, sí, yo lo sé... Su vida ha sido muy fatigosa. Que descansen ahora... Dad reposo a Ana".

ANA. (*Jadeante.*)—Abuelo... Si fuera así... Si no sintiera nada...

LUKA.—Será así... ¡Créeme! Debes irte de este mundo con alegría, sin inquietud... La muerte es como una madre para sus hijos.

ANA.—Pero..., tal vez pueda curarme...

LUKA. (*Sonríe.*)—¿Para qué? ¿Para sufrir de nuevo?

ANA.—Quisiera... vivir un poquito más..., un poquito más...

Si allí arriba no me esperan sufrimientos, puedo resistir esta vida... un poco más...

LUKA.—En el otro mundo no habrá nada...

PEPEL. (*Levantándose.*)—Eso puede ser verdad o puede no serlo.

ANA. (*con una expresión de espanto.*)—¡Señor!

MEDVEDEV.—¿Quién grita?

PEPEL. (*Se acerca a él.*)—¡Yo! ¿Qué pasa?

[MEDVEDEV.—Pues pasa que estás alborotando sin ton ni son

Hay que comportarse con humildad.

PEPEL.—¡Pedazo de alcornoque! ¡Vaya una autoridad!]

(*Ríe fuerte.*)

LUKA. (*A PEPEL, en voz baja.*)—No grites, por favor. Esa mujer está muriéndose. [Sus labios están cubiertos casi de tierra. No estorbes.]

PEPEL.—Bueno, si me lo pides tú, te haré caso. Eres listo, hermano; mientes muy bien. Tus cuentos resultan muy agradables. Sigue mintiendo, no importa. ¡Hay tan pocas cosas agradables en este mundo!

BUBNOV.—¿De veras que se está muriendo?

LUKA.—Creo que sí.

BUBNOV.—Entonces dejará de toser. Menos mal. (*Volviendo al juego.*) ¡Mira, mira! ¡Te como una... y dos!

MEDVEDEV.—¡A ver si revientas!

PEPEL.—¡Abram!

MEDVEDEV.—¡Para ti no soy Abram!

PEPEL.—Abram. ¿Está enferma Natasha?

MEDVEDEV.—¿A ti qué te importa?

PEPEL.—Oye..., ¿ha vuelto a pegarla Varia?

MEDVEDEV.—Eso te importa menos todavía. Asuntos de familia.

¿Quién eres tú para...?

PEPEL. Nadie... Pero en cuanto yo quiera no volvéis a ver a Natasha.

MEDVEDEV. (*Abandona el juego.*)—¿Eh, cómo...? ¿Que mi sobrina...? ¡Cuidate...! ¡Estás vigilado, por ladrón!

PEPEL.—¡Ladrón, sí! Pero tú aún no me has puesto la mano encima.

MEDVEDEV.—¡Aguarda! ¡Ya caerás!

PEPEL.—Ay, el día que me cojas... ¡Ese día salta por los aires vuestro nido! ¿Crees que voy a callarme delante del juez? En cuanto me pregunte, ¿quién te ha hecho robar? ¿Quién te indicó el sitio? ¡Mishka Kostelev, mi patrón, y Varia, su mujer! ¿Quién te ha comprado todo lo que robaste? ¡Mishka Kostelev y Varia su mujer!

MEDVEDEV.—¡No te creerán!

PEPEL.—¡Me creerán, porque es verdad! Y a ti también te denunciaré... ¡Os perderé a todos!

MEDVEDEV. (*Aturdido.*)—Mientes, mientes... ¿Qué mal te he hecho yo? ¡Perro rabioso!

PEPEL.—¿Y bien, me has hecho alguno?

LUKA.—Eso, eso...

MEDVEDEV. (*A LUKA.*)—¿Qué graznas tú? ¿Por qué metes las narices donde no te llaman? ¡Son asuntos familiares!

BUBNOV. (*A LUKA.*)—Déjales. Ni a ti ni a mí nos van a ahorcar por este asunto.

LUKA. (*Con humildad.*)—Dejados están... Únicamente digo, que quien no ha hecho bien a nadie ha hecho un mal.

MEDVEDEV. (*Que no ha comprendido a LUKA.*)—Y yo lo que te digo es que aquí nos conocemos unos a otros, pero a ti nadie te conoce. ¿Quién eres?

(*Resopla furioso y sale.*)

LUKA.—Se ha enfadado el caballero... Ay, hermanos, veo que vuestros asuntos están muy enredados.

PEPEL.—¿Sabéis dónde va? A quejarse a Varia.

BUBNOV.—No hagas el tonto, Vasili. Andas muy fanfarrón estos últimos días. [Guarda el valor para cuando vayas al bosque a coger setas, porque aquí no sirve de nada.] Esos acabarán retorciéndote el cuello.

PEPEL.—Más despacio. [A los de Jaroslav no se los pilla fácilmente descuidados.] Si quieren guerra, la tendrán.

LUKA.—Sería mejor que desaparecieras.

PEPEL.—¿Y dónde voy?

LUKA.—A Siberia...

PEPEL.—¿Eh? (*Sonríe.*) A Siberia no pienso ir, mientras no viaje por cuenta del Estado.

LUKA.—Sin embargo, puede que allí encontraras tu camino. En aquellas tierras son necesarios hombres como tú.

PEPEL.—Mi camino está ya trazado. Mi padre pasó su vida en la cárcel y me predijo el mismo destino. De chico, me llaman maban ladrón, hijo de ladrón.

LUKA.—Buena tierra Siberia. ¡Qué maravilla! El que tiene fuerzas e inteligencia lo pasa bien allí.

PEPEL.—Oye, viejo, ¿por qué mientes tanto?

LUKA.—¿Eh?

PEPEL.—No oye, se ha vuelto sordo. Digo que ¿por qué quieres engañarme?

LUKA.—¿Yo? ¿Engañarte?

PEPEL.—¡Sí, tú! Que se está bien allí, que se está bien aquí... ¡Una mentira tras otra! ¿Para qué?

LUKA.—Hazme caso; vete y convéncete por ti mismo. Me lo agradecerás... [¿Qué se te ha perdido aquí?] Y esa verdad que me pides, ¿crees necesitarla? Piensa un poco. Esa verdad... podría costarte cara.

PEPEL.—¡Me da igual! ¡Cueste lo que cueste!

LUKA.—¡Eres un hombre extraño...! ¿Por qué tendrá la gente ese interés en perderse?

BUBNOV.—[A ver, a ver, ¿qué habláis? No os entiendo.] ¿Qué clase de verdad quieres, Vasili? [¿Y para qué?] Tú conoces la verdad de lo que eres y los demás también lo saben...

PEPEL.—¡Calla tú! ¡Déjale a él que me conteste! Dime, abuelo: ¿hay Dios?

(*LUKA sonríe y no responde.*)

BUBNOV.—Los hombres son como las virtudes que flotan en el río; cuando se construye una casa las virtudes se tiran...

PEPEL.—Déjale. ¿Hay Dios? Contesta...

LUKA. (*A media voz.*)—Si crees, sí; si no crees, no... Existe, solamente, aquello en lo que crees.

(*PEPEL, mudo, perplejo, mira fijamente a LUKA.*)

BUBNOV.—Bueno, yo me voy. ¿Vienes a la taberna?
 LUKA. (A PEPEL.)—¿Por qué me miras?
 PEPEL.—De modo... Espera... Eso quiere decir...
 BUBNOV.—Bueno, me voy solo.

(Se dirige hacia la puerta y tropieza con VARIA, que entra.)

PEPEL.—Eso quiere decir... [Entonces..., tú...]

VARIA. (A BUBNOV.)—¿Y Nastia, está aquí?

BUBNOV.—No...

VARIA. (Sale. Acercándose a ANA.)—¿Vive todavía?

LUKA.—No la molestes.

VARIA.—¿Y tú? ¡Siempre aquí metido!

LUKA.—Puedo irme, si estorbo...

VARIA. (Se dirige al cuarto de PEPEL.)—¡Vasili, tengo que hablar contigo! (LUKA va hacia la puerta del zaguán, la abre y da un portazo. Luego sube silenciosamente al camastro y, de allí, a la estufa. VARIA, ya en la habitación de PEPEL, vuelve a llamar.) ¡Vasili, ven aquí!

PEPEL.—¡No! ¡No quiero!

VARIA.—¿Por qué? ¿Estás enfadado?

PEPEL.—Estoy cansado de todo. ¡Harto!

VARIA.—¿De mí también?

PEPEL.—De ti también. (VARIA aprieta el pañuelo que lleva sobre los hombros, estrechando los brazos contra el pecho. Se aproxima a la cama de ANA, mira con cuidado detrás de la cortina y vuelve junto a PEPEL.) A ver, di lo que sea.

VARIA.—¿Qué quieres que te diga? No es posible hacerse querer a la fuerza... y yo no tengo carácter para implorar. Te agradezco que me hayas dicho la verdad.

PEPEL.—¿Qué verdad?

VARIA.—Te has cansado de mí... (PEPEL la mira en silencio. Ella se le acerca.) ¿Qué miras? ¿No me conoces?

PEPEL. (Suspirando.)—Sí..., me gustas... (VARIA le pone la mano en el hombro y él la aparta con un movimiento.) Pero nunca he estado enamorado de ti... Nos hemos acostado juntos, sí... Pero no te he querido...

VARIA. (Susurra.)—No...

[PEPEL.—No tenemos nada más que hablar... Nada más... Vete.

VARIA.—¿Quieres... a otra?

PEPEL.—No es cosa tuya si quiero o no quiero. Descuida; no voy a pedirte que me arregles la boda.

VARIA. (Irónica.)—Haces mal. Quizá yo pudiera convencerla.

PEPEL. (Desafiante.)—¿A quién?

VARIA.—Ya lo sabes. ¿Para qué andar con rodeos? Yo soy muy franca, Vasili... (Baja la voz.) Te has portado mal conmigo. No lo voy a ocultar. Es como si, de improviso, me hubieras dado un latigazo. Siempre decías quererme... y de repente...

PEPEL.—¡De repente, no! Hace mucho tiempo...] Una mujer ha de tener corazón... y tú no lo tienes... Nosotros, los hombres, somos fieras..., necesitamos... que nos enseñen, que nos ayuden... Tú no me has ayudado...

VARIA.—Dejémoslo... Todo acaba algún día. [El hombre no es dueño de sí mismo...] Ya no me quieres... ¡Qué le vamos a hacer...!

PEPEL.—Entonces, vete. No tenemos más que hablar. Nos separaremos sin gritos, sin escándalo...

VARIA.—Espera un momento, no te vayas... Vasili..., mientras estabas a mi lado, he vivido con la esperanza de que algún día me ayudarás a salir de esta cloaca..., de que me librarás de mi marido, de mi tío..., de toda esta vida... Quizá no era a ti a quien quería, sino a la esperanza de verme libre... [Sí, creo que mi amor sólo ha sido para el sueño de verme libre.] Confiaba en que me sacarías de aquí.

PEPEL.—Tú no eres un clavo ni yo una tenaza. [También yo te creía una mujer inteligente... Pero no eres inteligente... ¡eres lista!]

VARIA. (Inclinándose hacia él.)—Vasili..., ¿por qué no nos ayudamos el uno al otro?

PEPEL.—¿Qué quieres decir?

VARIA. (En voz baja y enérgica.)—Mi hermana... te gusta. Lo sé.

PEPEL.—¡Por eso la tratas peor que a una bestia! ¡Como vuelvas a tocarla...!

VARIA.—No te pongas así, aguarda... Todo se puede arreglar en silencio, con buenas maneras. Cástate con ella, si quieres... Yo te daría, incluso, dinero... ¡Unos trescientos rublos! Y, si consigo más, más te daré...

PEPEL. (Retirándose.)—¿Eh...? ¿Y por qué...?

VARIA.—¡Líbrame de mi marido! ¡Líbrame de él...!

PEPEL. (*Silba suavemente.*)—¡Ah, era por eso...! Bonita solución... El marido, a la sepultura; el amante, a trabajos forzados, y tú...

VARIA.—¡No, Vasili! ¿Por qué a trabajos forzados? No tienes necesidad de hacerlo tú mismo; tienes compañeros... Y, aunque lo hicieras tú, ¿quién iba a saberlo? ¡Piensa en Natasha! Tendrías dinero, podrías irte a cualquier parte... A mí me librarías para siempre... y el que mi hermana no esté conmigo sería un bien para ella, porque no la puedo soportar. ¡La odio por tu causa! ¡La martirizo, la pego! A mí misma me da lástima...

PEPEL.—¡Eres una fiera...!

VARIA.—No, Vasili, [no; solamente digo la verdad.] Piensa un poco... Has estado dos veces en la cárcel por culpa de mi marido. Es avaricioso... Se agarró a mí como una sanguijuela y lleva cuatro años sorbiéndome la sangre. De Natasha se burla constantemente, la persigue, la insulta. Es un veneno para todos.

PEPEL.—No te falta astucia...

[VARIA.—No pretendo engañarte. Te hablo muy claro... Habría que ser tonto para no entenderme...

(KOSTILEV entra con cuidado y avanza furtivamente.)

PEPEL. (*A VARIA.*)—Está bien... Vete...]

VARIA.—Piénsalo... (*Ve a su marido.*) ¿Y tú, qué quieres? ¿Vienes a espiarme?

(PEPEL se sobresalta y mira a KOSTILEV extrañadamente.)

KOSTILEV.—¡Sí, soy yo! ¡Yo! ¿Estáis solos aquí? ¡Ah, ah...! ¿Estábais hablando? (*De pronto, patalea y grita, como aullando.*) ¡Varia..., sucia..., zorra...! (*Asustado de sus propios gritos, queda, de improviso, callado e inmóvil.*) Perdóname, Señor... Otra vez me has hecho pecar, Varia... Te estoy buscando por todas partes... (*Exhala un lamento.*) ¡Ya es

hora de acostarse! Has olvidado echar aceite en las lamparillas... (*Entre dientes.*) ¡Mendiga... asquerosa...!

(*La amenaza con manos temblorosas. VARIA se dirige en silencio a la puerta, mirando a PEPEL.*)

PEPEL. (*A KOSTILEV.*)—¡Vete de aquí! ¡Fuera!

KOSTILEV. (*Grita.*)—¡Soy el dueño! ¡Fuera tú, ladrón!

PEPEL. (*Sordamente, amenazador.*)—¡Vete, Mishka...!

KOSTILEV.—¡Atrévete! ¡Yo soy aquí...! ¡Yo te...!

(PEPEL le agarra del cuello y le zarandea. De encima de la estufa viene el ruido de un bostezo prolongado. PEPEL suelta a KOSTILEV, que sale gritando hacia el zaguán.)

PEPEL. (*Sube de un salto al camastro.*)—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

LUKA. (*Asomando la cabeza.*)—¿Eh?

PEPEL.—¡Tú!

LUKA. (*Serenamente.*)—Sí, yo... ¡Señor, Señor...!

PEPEL (*Cierra la puerta de entrada. Busca el cerrojo, sin encontrarlo.*)—¡Demonio de viejo...! ¡Baja de ahí!

LUKA. (*Descendiendo.*)—Sí, ahora bajo...

[PEPEL. (*Muy airado.*)—¿Por qué te has subido a la estufa?

LUKA.—¿Dónde iba a subirme?]

PEPEL.—¿No habías salido?

LUKA.—Ahí fuera hace mucho frío para un viejo como yo.

PEPEL.—¿Has oído?

LUKA.—Sí... ¿Crees que estoy sordo? Ha sido mejor para ti, muchacho. Has tenido suerte.

PEPEL. (*Desconfiando.*)—¿Suerte? ¿De qué?

LUKA.—De que yo me haya subido a la estufa.

PEPEL.—¿Y por qué has hecho ruido?

LUKA.—Bueno, verás... debido al calorcillo, me han entrado ganas de bostezar... Suerte para ti. También he pensado...: no vaya a ser que el joven apriete demasiado... y ahogue al viejo...

PEPEL.—Poco me ha faltado, sí... No lo puedo ver...

[LUKA.—¿Qué tiene de particular? Cualquiera comete un error.

PEPEL. (*Sonríe.*)—¿Te has equivocado tú alguna vez?]

LUKA.—Escucha... Aléjate de esa mujer. No vuelvas a acercarte a ella por nada del mundo. Que se libre ella sola del marido. Mira, ¿ves cómo estoy? Calvo. ¿Sabes por qué? Pues por las benditas mujeres. He conocido más que pelos tenía en la cabeza. Varía es peor que la peste.

PEPEL.—No sé si darte las gracias... o si tú también...

LUKA.—Haz lo que te digo... Aquí hay una muchacha que te gusta; cógela del brazo y escapa... Huye lejos de aquí..., muy lejos...

PEPEL. (*Tristemente.*)—No se llega nunca a conocer a los hombres... Yo no sé quiénes son buenos y quiénes no... No lo sé... No entiendo nada...

LUKA.—¿Qué es lo que no entiendes? Un mismo hombre vive de muchas maneras, según se lo dicte el corazón... Hoy es bueno, mañana malo... Si esa muchacha ha tocado el fondo de tu alma, vete con ella y se acabó. Si no, vete solo. Eres joven; ya tendrás tiempo de encontrar mujer.

PEPEL. (*Le coge del hombro.*)—¿Por qué me dices todo esto?

LUKA.—Aguarda un momento. Voy a ver qué hace Ana. Lleva durmiendo demasiado rato. (*Va al lecho de ANA, levanta la cortina y tiende la mano para tocarla. PEPEL, ensimismado en sus pensamientos, le sigue con la vista.*) ¡Jesucristo, Dios de bondad...! Acoge en paz el alma de tu sierva Ana.

PEPEL. (*Susurra.*)—¿Ha muerto?

(*Inmóvil, alargando el cuello, mira hacia la cama.*)

LUKA.—Han acabado sus padecimientos. ¿Dónde está el marido?

PEPEL.—En la taberna, seguramente.

LUKA.—Hay que avisarle.

PEPEL. (*Con un leve estremecimiento.*)—Me desagrada estar en presencia de un muerto.

LUKA. (*Yendo hacia la puerta.*)—Guarda tu afecto para los que viven. Esos son los que lo necesitan.

PEPEL.—Te acompaño.

LUKA.—¿Tienes miedo?

PEPEL. (*Pausa.*)—Prefiero ir contigo.

(*Salen ambos precipitadamente. La escena queda vacía y en silencio. Detrás de la puerta del*

vestíbulo se oye un ruido sordo, desigual, incomprendible. Entra el ACTOR.)

ACTOR. (*Se detiene en el umbral sin cerrar la puerta y, apoyándose con las manos en el quicio, grita.*)—¡Eh, abuelo! ¿Dónde te has metido? ¡Ya me acuerdo! ¡Escucha...! (*Vacilante, avanza un paso y adopta una postura solemne.*) “Señores, si en vano nuestro mundo busca el camino de la felicidad, honrad al loco que procure un sueño feliz al género humano.” (*NATASHA aparece en la puerta, detrás del ACTOR.*) ¡Abuelo! ¿Dónde estás? “Si mañana olvidara nacer y faltara el día, mañana mismo algún loco aún encontraría una antorcha para el género humano.”

NATASHA.—¡Otra vez borracho!

ACTOR. (*Volviéndose.*)—¡Ah, eras tú? ¿Has visto al viejecito...?

Aquí no hay nadie... ¡Adiós, Natasha...! Adiós...

NATASHA. (*Entrando.*)—¿Aún no has saludado y ya te despides?

ACTOR. (*Cortándole el paso.*)—Me voy, os abandono... Cuando llegue la primavera ya no estaré aquí...

NATASHA.—¡Anda, déjame. ¿Dónde vas?

ACTOR.—A buscar la ciudad... a curarme... Vete tú también..., Ofelia..., vete al convento... Hay un hospital para los organismos..., para los borrachos... Un hospital magnífico... ¡Mármol..., el suelo es de mármol! ¡Luz, limpieza, alimento, todo gratis. Lo encontraré, me curaré y... comenzaré una nueva existencia... Estoy en el camino de la regeneración..., como dijo... el rey... Lear. Natasha..., en el teatro mi nombre es Sverchkof-Zavolsky. Nadie lo sabe, ¡nadie! Aquí no tengo nombre. ¿Comprendes lo doloroso que es perder el nombre? Hasta los perros tiene el suyo. (*NATASHA se aparta suavemente del ACTOR, se detiene junto a la cama de ANA y mira.*) No tener nombre es como no existir...

NATASHA.—Ven, mira... Ha muerto...

ACTOR. (*Inclinando la cabeza.*)—No puede ser...

NATASHA.—De verdad... Ven...

(*Aparece BUBNOV.*)

BUBNOV. (*En la puerta.*)—¿Qué ocurre?

NATASHA.—¡Ana ha muerto...!

BUBNOV.—Por fin ha dejado de toser. *(Va al lecho, da una ojeada rápida y se retira.)* Conviene decírselo a Klesch. Es cosa suya.

ACTOR.—Yo iré... y le diré... que su mujer ha perdido el nombre.

(Sale.)

NATASHA. *(En medio de la habitación.)*—A mí también, algún día, me ocurrirá lo mismo... En una cueva como ésta, olvidada, sola...

BUBNOV. *(Extendiendo unos trapos en su camastro.)*—¿Qué murmuras?

NATASHA.—Nada...

[BUBNOV.—¿Esperas a Vasili? Ten cuidado no te rompa la cabeza tu Vasili.

NATASHA.—Si me la han de romper, prefiero que sea él.

BUBNOV.—Bueno, eso es asunto tuyo.

(Se acuesta)]

NATASHA.—Ya ves... Vale más que haya muerto; sin embargo, da pena... ¡Dios mío! ¿Por qué se vivirá?

BUBNOV.—Es igual para todos... Nacer, vivir un poco, morir... Yo moriré. Y tú también. ¿Por qué tener lástima?

(Entra LUKA, EL TÁRTARO, KRIVOY, ZOB y, finalmente, KLESCH, encogido, andando despacio, detrás de todos.)

NATASHA.—¡Chis!... Ana...

ZOB.—Ya nos han dicho, sí... Que Dios la perdone...

TÁRTARO. *(A KLESCH.)*—¡Hay que sacarla fuera, al patio! ¡Aquí muertos no se puede! ¡Sólo los vivos dormir aquí!

KLESCH. *(Muy bajo.)*—Sí, la llevaremos al patio.

(Todos se acercan al lecho. KLESCH mira a su mujer por encima de los hombros de los demás.)

ZOB. *(Al TÁRTARO.)*—¿Crees que olerá mal? No parece... Se ha secado en vida.

NATASHA.—¡Señor! Ni un poco de compasión, ni una palabra de consuelo...

LUKA.—No te enfades, mujer... Es natural... ¿Cómo vamos a tener compasión de los muertos, si no la tenemos de los que viven? [Ni nosotros mismos nos compadecemos y aún quiere...

BUBNOV. *(Bostezando.)*—Si está muerta, ya no oír nada... Contra las enfermedades puede haber remedio; contra la muerte, no.]

TÁRTARO. *(Se aparta.)*—Hay que comunicárselo a la Policía.

ZOB.—Ah, claro, sin falta. ¿Has avisado a la Policía, Klesch?

KLESCH.—No... Habrá que enterrarla y yo no tengo más que cuarenta copecs.

ZOB.—Para un caso así, puedes pedir prestado... Y, si no, reuniremos nosotros cada uno lo que pueda. Pero, sobre todo, corre a la Policía lo antes posible. No vayan a creer que la has matado tú...

(Va al camastro y se dispone a acostarse junto al TÁRTARO.)

NATASHA. *(Yendo al camastro de BUBNOV.)*—Esta noche voy a soñar con ella. Sueño con muertos muchas veces... Me da miedo ir sola... El patio está oscuro...

LUKA. *(Siguiéndola.)*—Ten miedo de los que viven...

NATASHA.—Acompáñame, abuelo...

LUKA.—Bueno, bueno, vamos...

(Salen. Pausa.)

ZOB.—Asán... Pronto vendrá la primavera, ¿eh, amigo? Entonces habrá un poco de sol también para nosotros. Los campesinos ya están preparándose en las aldeas; arreglan sus arados, sus bieldos... Pronto labrarán la tierra... ¿Y nosotros...? ¡Asán! ¡Ya se ha dormido este Mahoma...!

BUBNOV.—A los tártaros les gusta dormir.

KLESCH. *(De pie, solo, en el centro de la posada y mirando torpemente el vacío.)*—Y ahora... ¿qué voy a hacer?

ZOB.—Acuéstate y duerme.

KLESCH. (*Muy bajo.*)—¿... y ella?

(*Nadie le contesta. Entran SATÍN y el ACTOR.*)

ACTOR. (*Grita.*)—¡Abuelo! ¡Aquí, mi fiel Kent!

SATÍN.—¡Un lugar para nuestro héroe!

ACTOR.—¡Está decidido! ¡Dime dónde está esa ciudad...! ¿Dónde está, abuelo?

SATÍN.—¡Has sufrido un espejismo, amigo! ¡El viejo te ha engañado! ¡No hay ciudades, no hay hombres...! ¡No hay nada...!

ACTOR.—¡Mientes!

TÁRTARO. (*Levantándose de un salto.*)—¿Dónde está el patrón? ¡Voy a buscar al patrón! ¡Yo quiero dormir! ¡Para eso pago! Muertos..., borrachos...

(*Sale corriendo. SATÍN silba a su paso.*)

BUBNOV. (*Con voz soñolienta.*)—Acostaos, no hagáis ruido... De noche hay que dormir...

ACTOR.—Esto que hay aquí... Hum... Dice el poema de Pushkin: "... Las redes han traído un cadáver..."

SATÍN. (*Con voz ensordecedora.*)—¡Los muertos no te oyen!

ACTOR.—"... Y era verdad..."

SATÍN.—¡Los muertos no sienten!

ACTOR.—"... En la orilla del río, donde las redes estaban colgadas..."

SATÍN.—¡Grita! ¡Aúlla!

ACTOR.—"... Se veía un cadáver sobre la arena..."

SATÍN.—¡Los muertos están sordos!

(*En la puerta aparece LUKA.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

La tierra yerma de un patio interior, lleno de restos de enseres viejos, destrozados e invadidos por las zarzas. Al fondo, un muro medianero de ladrillo rojo, que se eleva hasta tapan el cielo. Algunas matas de saúco, al pie del muro. El lateral derecho es una pared oscura, formada por vigas de madera, perteneciente a una especie de cuadra o cobertizo. A la izquierda, la pared gris y desconchada de la casa en que está la posada nocturna de KOSTILEV. Esta última pared se halla colocada oblicuamente, de modo que su ángulo interior adelanta casi hasta la mitad del escenario. De dicho ángulo, arranca un pasadizo estrecho. Dos ventanas de la posada dan al patio; una, a nivel del suelo; la otra, unos dos metros más alta y más próxima a la medianería del fondo. Junto a esta medianería, un trineo con los palos hacia arriba y un tronco de madera de unos cuatro metros de largo. A la derecha, un montón de tablas viejas y vigas. Es por la tarde. El sol poniente ilumina el muro frontal con luz rojiza. Hace poco que la nieve ha fundido; acaba de iniciarse una primavera temprana. Las oscuras matas de saúco están todavía sin capullos.

(*NATASHA y NASTIA se hallan sentadas en el tronco. LUKA y EL BARÓN, sobre el trineo. KLESCH está tendido en el montón de maderas y BUBNOV asoma la cabeza por la ventana situada a nivel del suelo.*)

NASTIA. (*Cerrados los ojos, moviendo la cabeza al compás de*

las palabras, con voz cantarina.)—A la noche vino él, como habíamos convenido; yo le había esperado mucho tiempo, temblando de miedo y de angustia. También él temblaba por todo su cuerpo y estaba blanco como la nieve; tenía un revólver en la mano...

NATASHA. (*Comiendo pepitas de girasol.*)—Por lo visto es verdad eso de que los estudiantes son muy atrevidos.

NASTIA.—Entonces me dijo con voz estremecida... Me dijo...: "¡Inapreciable amor mío!"

BUBNOV.—¿Inapreciable? ¡Jo, jo, jo...!

BARÓN.—¡Si no te gusta, vete y no escuches, pero déjala mentir! (*A NASTIA.*) ¡Sigue!

NASTIA.—"Amor mío —me dijo—, mis padres no permiten que me case contigo... y amenazan con maldecirme si no me separo de ti... Por eso... estoy resuelto a poner fin a mis días..." ¿Y os figuráis el revólver que tenía en las manos? "¡Adiós, dulce amiga de mi corazón...! Estoy decidido... No podría vivir sin tí..." Pero yo le contesté: "Mi inolvidable Raúl..."

BUBNOV. (*Asombrado.*)—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Raúl?

BARÓN. (*Riéndose a carcajadas.*)—¡Nastia...! ¡Pero si la última vez se llamaba Gastón!

NASTIA. (*Se levanta de un salto.*)—¿Os vais a callar? ¡Perros vagabundos...! ¡Vosotros no podéis comprender lo que es el amor, el verdadero amor! Yo lo he conocido... ¡el verdadero! (*A BARÓN.*) ¡Y tú, miserable...! ¡Hombre instruido...! El señor tomaba el café en la cama...

LUKA.—Esperad, no la interrumpáis... [No importa qué palabras se dicen, sino por qué se dicen...] (*A NASTIA.*) Anda, sigue...

BUBNOV.—Vamos... Pintarraja tus plumas, corneja.

BARÓN.—Sigue...

NATASHA.—No les hagas caso. ¿Qué saben ellos? Se ríen de ti por envidia. Ellos no tienen imaginación para contar nada.

NASTIA. (*Se sienta.*)—No quiero contar nada más... No me creen..., se burlan... (*Mas, de pronto, se interrumpe, calla unos segundos y, cerrando de nuevo los ojos, prosigue en alta voz, arduosamente, moviendo las manos al compás de las palabras y como si escuchara una música lejana.*) Y yo le contesté: "Amor de mi vida... A mí tampoco me es posible vivir

sin tí..., porque te quiero... y te querré mientras el corazón aliente en mi pecho... Pero no te quites la vida que tanta falta hace a tus padres... Para ellos eres toda su alegría... Y yo... más vale que muera yo... de pena y amor por ti, mi vida... Yo estoy sola... No sirvo para nada..."

(*Se tapa la cara con las manos y llora sordamente.*)

NATASHA. (*Volviéndose a un lado, musita.*)—No llores..., no llores...

(*LUKA, sonriéndose, acaricia la cabeza a NASTIA.*)

BUBNOV. (*Ríe a carcajadas.*)—¡Qué demonio de muchacha!

BARÓN. (*Riendo también.*)—Abuelo, pero, ¿cómo va uno a creer...? Si lo está sacando todo de esa novelucha: "El amor fatal".

NATASHA.—¡Cierra la boca, salvaje, que estás dejado de la mano de Dios!

NASTIA. (*Furiosa.*)—¡No tienes alma! ¡Estás vacío! ¿Qué has hecho de tu alma?

LUKA. (*Tomando la mano a NASTIA.*)—Vámonos de aquí. Tranquilízate. Yo sé que no mientes, te creo... La verdad es tuya y no de ellos... Si crees que tuviste un amor verdadero, ¡lo tuviste! Pero no regañes con él... Se ríe de ti por envidia... Es posible que nunca haya gozado de un amor auténtico... Ven conmigo.

NASTIA. (*Estrechando sus manos contra el pecho.*)—Te juro que no miento, abuelo... Era estudiante, francés... Se llamaba Gastón... Tenía una barbita negra y llevaba las botas brillantes... ¡Que me muera ahora mismo, si te engaño!... Me quería mucho...

LUKA.—Sí, mujer, te creo... ¿Le brillaban las botas...? Ay, ay, ay... ¿Y tú también le querías mucho?

(*Salen los dos por el pasadizo.*)

BARÓN.—Qué simple es esta criatura.

BUBNOV.—¿Por qué le gustará a la gente decir mentiras? Las

dicen una tras otra, como si estuvieran siempre delante del juez de instrucción.

NATASHA.—La mentira es más agradable que la verdad. Yo también...

BARÓN.—¿Sí? ¿También tú?

NATASHA.—También yo me hago ilusiones... y espero...

BARÓN.—¿El qué?

NATASHA. (*Sonríe confusamente.*)—No sé... Pienso que mañana vendrá un hombre... diferente a todos... No sé quién... O que me ocurrirá algo extraordinario... Espero..., espero siempre... Aunque, en realidad, ¿qué puedo esperar?

(*Un silencio.*)

BARÓN. (*Con sonrisa escéptica.*)—Nada... Yo, al menos, nada... Todo ha sucedido ya... Ha pasado... y ha acabado...

NATASHA.—Otras veces me da por pensar que, al día siguiente, voy a morir. En verano pienso más en la muerte... ¿Sabes por qué? Pues porque en el verano hay tormentas, y con las tormentas... parecé que la muerte se acerca...

BARÓN.—Llevas una vida muy dura... Tu hermana tiene un carácter tan malo...

NATASHA.—¿Y quién vive en paz? Nadie. Todo el mundo es desgraciado.

KLESCH. (*Ha permanecido inmóvil hasta ahora; se incorpora violentamente.*)—¿Todo el mundo? ¡Mentira! ¡Todo el mundo, no! ¡Si la vida fuera igual para todos, se podría sopotar!... ¡No dolería tanto!...

BUBNOV.—[¿Qué bicho te ha picado?] ¡Aúllas como un perro.

(*KLESCH se acuesta de nuevo murmurando.*)

BARÓN.—Pobre Nastia... Voy a hacer las paces con ella, porque, si no, no me da para un trago.

BUBNOV.—Hum... A la gente le entusiasma mentir. Todavía, Nastia, se comprende... Está acostumbrada a darse pintura en la cara y quiere pintarrajearse también el alma [con unos toques de colorete.] Pero, ¿los demás? Luka, por ejemplo, miente mucho sin ningún provecho para sí. ¿Por qué miente? Y a su edad...

BARÓN. (*Se aparta, con una sonrisa irónica.*)—Todas las almas son grises... Cada hombre desea colorear un poco la suya...

(*Entra LUKA.*)

LUKA.—Oye, tú, baroncito... ¿Por qué tienes la manía de molestar a esa muchacha? Déjala que lllore; para ella es un entretenimiento... ¿Qué daño te hace?

BARÓN.—¡Es una estúpida! Hoy Raúl, mañana Gastón... A pesar de todo, voy a ver si hago las paces con ella.

(*Sale.*)

LUKA.—Eso es. Ve y sé cariñoso. El cariño no perjudica a nadie.

NATASHA.—Qué bueno eres, abuelo... ¿Por qué eres tan bueno? LUKA.—Más vale que creas eso... (*De detrás de la pared teñida de rojo por el sol, llegan las notas de una canción, acompañada por la música suave de un acordeón.*)

Alguien tiene que ser bueno y compadecerse de los hombres... Cristo tuvo piedad de todos y nos mandó que le imitéramos. Compadecerse a tiempo de un ser humano puede ser decisivo. Me acuerdo... Hace ya algunos años, estaba yo de guarda en la finca de un ingeniero, cerca de la ciudad de Tomsk, en Siberia. Era un lugar completamente aislado, una casa de campo en pleno bosque. Aquel invierno estaba yo solo en la casa... Qué paz, qué tranquilidad... Bueno, pues, imagínate que cierto día, cuando más descuidado estaba, oigo unos pasos que se acercan...

NATASHA.—¿Ladrones?

LUKA.—Ladrones. Cojo la escopeta, salgo y me encuentro con que son dos. Estaban tan ocupados abriendo una ventana, que ni siquiera sospecharon mi presencia. “¡Fuera de aquí!”, les grité. Pero ellos, en lugar de obedecerme, se arrojaron sobre mí con un hacha. “¡Soltad ese hacha ahora mismo!”, les dije, apuntándoles con la escopeta. En ese instante los dos se arrodillaron y me pidieron perdón. “¿Cuántas veces he de repetiros que os vayáis, sin que me hagáis caso? Ahora, uno

de vosotros que corte un par de varas." Y se pusieron a cortar ramas. Al poco rato les dije: "¡Ahora, que se tumbe uno en el suelo y el otro le dé de palos!" Y, tal y como lo ordené, se dieron de palos el uno al otro. Después, vinieron a implorarme: "Danos pan, por el amor de Dios. Estamos sin comer desde hace mucho..." ¿Qué te parece, Natasha? Una pareja de ladrones armados con un hacha, en lo que había venido a parar. (Ríe.) "Más valdría que hubiéseis empezado por pedir pan", les dije. Y me contestaron: "Estamos hartos de pedir. Pedimos, pedimos, y nadie nos da..." En resumidas cuentas, que se quedaron a vivir conmigo todo el invierno. [El que se llamaba Esteban cogía, a veces, la escopeta y se iba al bosque. Jacob tosía continuamente; estaba enfermo.] Entre los tres, cuidamos la casa. Y cuando llegó la primavera me dijeron: "Adiós, abuelo..." Y se fueron hacia el Sur...

NATASHA.—¿Se habían escapado de la cárcel...?

LUKA.—Sí... ¡Buena gente! Si no hubiera tenido compasión de ellos, me habrían matado. Luego la cárcel, Siberia... ¿Por qué todo esto? La cárcel no enseña nada bueno, ni Siberia... Pero el hombre, sí...; el hombre puede enseñar la bondad... Es muy sencillo.

(Pausa.)

BUBNOV. (Masculla).—Yo no sé mentir... Yo digo siempre la verdad, cualquiera que sea... ¿De qué avergonzarse?

KLESCH. (De improviso, se levanta nuevamente, exasperado, y grita).—¿Dónde está la verdad? ¡Aquí! (Sacude con las manos sus harapos.) ¡No tengo trabajo, no tengo fuerzas! ¡Esta es la verdad! ¡No hay dónde caerse muerto..., no hay nada! ¡Acaba uno muriéndose como una rata! ¡Esta es la única verdad! Dejadme respirar..., no se puede vivir..., no hay manera humana de vivir...! ¡Esta es la única verdad que conozco!

[BUBNOV.—Otra vez le ha picado...]

LUKA.—¡Dios mío...! Escúchame...

KLESCH. (Trémulo de ira).—¡Habláis de la verdad...! ¡Tú, viejo, que te dedicas a consolar a todos...! ¿Sabes lo que te

digo? ¡Que os odio! ¡Y que maldita sea la verdad! ¿Me oyes? ¡Maldita sea!

(Desaparece por la esquina, mirando en derredor suyo.)

LUKA.—Ay, ay, ay... Qué fuerte le ha dado... [¿Dónde habrá ido?]

NATASHA.—Morirá rabiando...

BUBNOV.—[Ha estado enérgico, ¿eh? Ha hablado, como si representara un papel en el teatro.] Le ocurre muy a menudo... Y es que no acaba de acostumbrarse a esta vida.

(PEPEL entra lentamente por el pasadizo.)

PEPEL.—Hola, amigos... ¿Que hay, Luka? ¿Sigues con tus historias?

LUKA.—Si llegas un poco antes, oyes ladrar a un hombre...

PEPEL.—¡Klesch! ¿A que era él? Iba corriendo como si se hubiera vuelto loco.

LUKA.—Si te llegasen al corazón, también tú correrías.

[PEPEL. (Sentándose).—No me gusta Klesch... Es orgulloso. (Le imita.) "Yo soy un trabajador." Se cree superior a nosotros. Que trabaje, si quiere, pero ¿por qué desprecia a los demás? Si vamos a medir por el trabajo, el caballo vale más que cualquier hombre; tira del carro y calla.] Natasha, ¿están en casa tu hermana y tu cuñado?

NATASHA.—Han ido al cementerio. Luego piensan oír la misa de medianoche.

PEPEL.—Ah, por eso te han dejado sola... Qué raro...

LUKA. (Pensativo, a BUBNOV).—Antes has hablado de la verdad... Yo creo que los males del hombre... no siempre se curan con la verdad. [Hay ocasiones en que no es recomendable para nuestra alma. Por ejemplo.] recuerdo haber conocido a un hombre que creía en la tierra de la justicia.

BUBNOV.—¿En qué?

LUKA.—En la tierra de la justicia. Debe de haber en el mundo, decía, una tierra donde habiten gentes distintas, buenas, que se estimen unas a otras, que se ayuden sin ningún interés y que lo tengan todo bien organizado. Aquel hombre

era pobre y vivía mal, pero no perdía el ánimo, y, sonriendo, decía: "no importa, sufriré un poco; esperaré algún tiempo y luego dejaré esta vida y me iré a la tierra de la justicia." Su único consuelo era esa tierra.

PEPEL.—¿Y fue?

[BUBNOV.—¿Adónde?

(Ríe a carcajadas.)

LUKA.—Todo esto ocurría en Siberia... Cierta día llegó un sabio desterrado, con sus mapas y sus libros... Nuestro hombre se presentó al sabio y le rogó: "enséñeme, por favor, dónde está la tierra de la justicia, y cuál es el camino para llegar a ella." El sabio abrió sus libros, extendió sus mapas, miró..., miró, pero aquella tierra no apareció por ninguna parte. [Todo era exacto, todas las tierras estaban en su sitio, pero la de la justicia, no.]

PEPEL. *(A media voz.)*—¿No estaba en ningún mapa?

(BUBNOV ríe a carcajadas.)

NATASHA.—¡Cállate! ¿Y qué más, abuelo?

LUKA.—El hombre no lo creía. "¡Tiene que estar, búscala mejor! Si no, ¿para qué sirven tus mapas y tus libros?" El sabio se ofendió: "mis mapas son los más exactos; lo que ocurre es que la tierra de la justicia no existe." Entonces el hombre se puso furioso: "¿Cómo? ¡He sufrido pacientemente con ella y ahora resulta que no existe! ¡Es una estafa! ¡Eres un ser inútil, un embustero y no un sabio!" Se abalanzó sobre él y le dio de puñetazos. Después... Después, aquel buen hombre se fue a su casa y se ahorcó.

(Todos callan. LUKA, sonriendo, mira a PEPEL y a NATASHA.)

PEPEL.—No es una historia muy alegre...

NATASHA.—No pudo soportar haber vivido engañado.

[BUBNOV *(Sombrio.)*—Todo eso son cuentos.

PEPEL.—Sí, sí, cuentos... La tierra de la justicia no apareció.

NATASHA.—Lástima... Pobre hombre...]

BUBNOV.—La tierra de la justicia... Imaginaciones...

(Riendo, desaparece de la ventana.)

LUKA. *(Indica con la cabeza la ventana de BUBNOV.)*—Se ríe...

(Pausa.) En fin, amigos, pronto os voy a dejar.

PEPEL.—¿Y dónde irás?

LUKA.—Pues, probablemente, a Ucrania. He oído decir que ha nacido allí una fe nueva... ¡Sí...! Los hombres... buscan y buscan, deseando hallar algo mejor... ¡Que Dios les dé paciencia...!

PEPEL.—¿Y encontrarán lo que buscan?

LUKA.—¡Claro que sí! ¡Quien busca halla! ¡Quien quiere de verdad, encuentra!

NATASHA.—Si encontrasen algo... Si descubrieran algo mejor...

LUKA.—¡Lo descubrirán! Nuestro deber es ayudar... y respetar... a los que miran hacia adelante.

NATASHA.—¿Cómo puedo ayudar yo a nadie, si soy la primera que necesita ayuda?

PEPEL. *(Decidido.)*—Natasha, quiero hablar contigo... Delante de Luka, es lo mismo... El está enterado... ¡Vente conmigo, Natasha! ¡Vámonos de aquí!

NATASHA.—¿Adónde? ¿A la cárcel?

PEPEL.—Ya te he dicho que dejaré de robar. Te lo juro. Sé leer y escribir...; trabajaré... Luka dice que a Siberia hay que ir por propia voluntad... Vámonos... ¿Crees que esta vida no me desespera? [Sí, Natasha, me doy cuenta de todo...] Me consuelo pensando que los demás roban más que yo y pasan por honrados, pero eso no es suficiente... Deseo vivir de otra manera... [Es necesario vivir de modo que uno se respete a sí mismo.]

LUKA.—Sí, hijo mío, que el Señor te ayude... Un hombre debe respetarse a sí mismo.

PEPEL.—Desde pequeño me han llamado por el mismo nombre: ¡Vasili, ladrón, hijo de ladrón! ¡Y lo han conseguido! ¡Soy un ladrón! *(Pausa.)* [A veces, pienso que nunca se le ha ocurrido a nadie llamarme por otro nombre...] Ni una sola persona me ha llamado de otra manera... Hazlo tú, Natasha...

NATASHA. *(Con tristeza.)*—Yo... Estoy angustiada... como si

presintiera una desgracia... No has debido empezar hoy esta conversación, Vasili...

PEPEL.—¿Cuándo podré hablarte? Esta no ha sido la primera vez...

NATASHA.—¿Cómo voy a irme contigo? Hay días que me gustas, que te quiero, pero otros... me repugna hasta verte... Debe de ser que no te quiero. Cuando una está enamorada no ve los defectos de la persona a quien quiere. Yo sí veo los tuyos...

PEPEL.—¡Acabarás por quererme, no lo dudes! ¡Te acostumbrarás a mí! ¡Ahora..., consiente nada más! Llevo cerca de un año viéndote en silencio, sin atreverme... Te quiero, Natasha...

(VARIA, muy arreglada, aparece en la ventana y escucha, de pie, junto al quicio.)

NATASHA.—¿Y mi hermana?

PEPEL. (Confuso).—Me importa poco...

LUKA.—Bah, de eso no te preocupes, Natasha...

PEPEL. (Sombrío).—Compadécete de mí... Mi vida es amarga... Voy hundiéndome lentamente en una sima... A todo lo que me agarro... está podrido... Nada me sostiene. Durante algún tiempo he confiado en tu hermana, pero es demasiado ambiciosa; busca sólo dinero y libertad para llevar mala vida. Ella no puede ayudarme. Tú, sí. Aunque sólo fuera compasión lo que sintieras hacia mí, tú me ayudarías.

LUKA. (A NATASHA).—Mi consejo es que te cases con él. Es bueno... Pero debes recordarle todos los días que es un hombre honrado, para que no se olvide de serlo... Piénsalo bien, porque si desperdicias esta ocasión. ¿qué te espera? Una familia de la que vale más no hablar.

NATASHA.—No hay salida para mí, me doy cuenta... No creo en nadie, ni tengo dónde ir.

PEPEL.—Existe un camino, sí... ¡Pero no se te ocurrirá ir por él!

NATASHA. (Sonríe).—¿Aún no soy tu mujer y ya me amenazas...?

PEPEL. (Abrazándola).—No sé qué haría por ti.

NATASHA (Estrechándose contra él).—Una cosa te digo, Vasili... Hablo... como si hablara delante de Dios. El día que te atrevas a pegarme... o a ofenderme..., me mataré.

PEPEL.—¡Antes me cortaré las manos que ponerlas sobre ti!

LUKA.—Haces bien, Natasha. No te arrepentirás. Vasili te necesita mucho más que tú a él.

VARIA. (Desde la ventana).—¿Y para cuándo es la boda?

NATASHA.—¡Ay, Dios mío...! ¡Nos ha visto, Vasili...!

PEPEL.—¿De qué te asustas? ¡Que se atreva a tocarte!

VARIA.—Descuida, Natasha. Vasili no te pegará; no sabe pegar... ni querer... [Te lo aseguro.

LUKA. (A media voz).—¡La muy zorra...! ¡Vívora...!

VARIA.—Es de los que se les va la fuerza por la boca.]

(Entra KOSTILEV.)

KOSTILEV.—¡Natasha! ¿Qué haces ahí? Hablar mal y quejarte de tu familia. En cambio no has puesto la mesa ni has preparado el samovar.

NATASHA. (Iniciando la salida).—¡Como se iba usted a la iglesia...!

KOSTILEV.—¡No te importa dónde iba! ¡Tu obligación y basta!

PEPEL.—¡Natasha..., no le obedezcas! ¡No vayas, no hagas nada...!

NATASHA.—[Tú no mandas todavía. Aún es pronto.]

(Sale.)

PEPEL. (A KOSTILEV).—Se acabó, ¿me entiendes? Bastante la habéis explotado. ¡Ahora es mía!

KOSTILEV.—¿Tu...ya? ¿Cuándo la has comprado? ¿Has dado mucho por ella?

(VARIA ríe a carcajadas.)

LUKA.—Vasili, vete.

PEPEL.—¡Qué alegres están! ¡Tened cuidado, no acabéis llo-rando!

VARIA.—Me das miedo, Vasili...

LUKA.—Vete... ¿No comprendes que te están provocando?

PEPEL.—Sí, ya lo sé... (A VARIA, entre dientes.) ¡No ocurrirá lo que tú quieres...! ¡No ocurrirá...!

VARIA.—Ni tú conseguirás lo que yo no quiera.

PEPEL. (*Amenazándola con el puño.*)—¡Veremos!

(*Sale.*)

[*VARIA (Desaparece de la ventana.)*—Te prepararé una gran boda...

KOSTILEV (*Se acerca a LUKA.*)—¿Y tú, qué estás preparando?

LUKA.—Nada de particular...]

KOSTILEV.—He oído que te vas.

LUKA.—Ya es hora.

KOSTILEV.—¿Y dónde vas a ir?

LUKA.—Donde me guíen los ojos.

KOSTILEV.—A vagabundear... No eres amigo de quedarte en un sitio, ¿eh?

LUKA.—Por debajo de la piedra inmóvil no pasa ni el agua, según dicen.

KOSTILEV.—Pero el hombre es distinto. No me parece bien que la gente viva como las cucarachas, de un lado para otro... El hombre debe tener un sitio.

LUKA.—¿Y cuándo el sitio de uno es toda la tierra?

KOSTILEV.—Pues se es un vagabundo, un inútil. Todo hombre debe trabajar y rendir su provecho.

LUKA. (*Dubitativo.*)—Bueno...

KOSTILEV.—Sí, sí, no te quepa duda. Otra cosa no tiene sentido. ¿Qué es un peregrino? Un sujeto extraño, un hombre diferente a los demás. Quizá haya dado con la verdad... Pero no toda verdad es necesaria... Lo mejor que puede hacer es callársela. Que se la guarde para él, y si habla debe hacerlo de tal modo que no le entienda nadie. Su obligación es no meterse en nada ni excitar a la gente sin motivo. [Como vive cada cual no es cosa suya... Está bien que se preocupe de llevar una vida virtuosa..., pero habitando en los bosques o en las cavernas, sin que nadie le vea. No tiene por qué estorbar a los demás, y juzgarnos, mucho menos.] Debe rezar, eso sí, por los muchos pecados de la Humanidad, por los míos, por los tuyos... Rezar es bueno; apartarse del mundo y hablar con Dios, pero sin entrometerse en las vidas ajenas. (*Pausa.*) ¿Qué clase de peregrino eres tú? No tienes papeles. Una persona decente debe tener sus papeles en regla.

LUKA.—Hay personas decentes y hay hombres.

[KOSTILEV.—No quieras dártelas de sabio. Tus enigmas no tienen gracia. ¿Crees que soy más tonto que tú?] ¿Qué son personas decentes y qué son hombres?

LUKA.—[No veo el enigma por ninguna parte. Sólo digo que] hay una tierra yerma para recibir la semilla y otra tierra fértil. Todo lo que se siembra en ella nace.

KOSTILEV.—¿Y qué quieres decir con eso?

LUKA.—Pues tú, por ejemplo. Aunque el mismo Dios te dijera: "Mijail, sé hombre", no serviría de nada. Seguirías siendo lo que eres.

KOSTILEV.—¡Mucho sabes tú! No olvides que el tío de mi mujer es policía, y si yo quisiera...

(*Entra VARIA.*)

VARIA.—Mijail Ivanovich, ven a tomar el té.

KOSTILEV. (*A LUKA.*)—¡Ya estás saliendo de esta casa! ¡Fuera!

VARIA.—¡Eso es! ¡Fuera! ¡Tienes la lengua demasiado larga y aún no sabemos si te has escapado del presidio!

KOSTILEV.—¡Si no te vas hoy mismo...!

LUKA.—Llamarás a tu tío... Bueno, llámale... Me han dicho que por atrapar a un huído de la cárcel recompensan con tres copecs.

(*Aparece BUBNOV en la ventana.*)

BUBNOV.—¿Qué se vende aquí? ¿Por qué dan tres copecs?

LUKA.—Por mí... Me quieren vender...

VARIA. (*A su marido.*)—Vámonos.

BUBNOV.—¿Tres copecs? Pues ten cuidado... Estos son capaces de venderte por uno.

[KOSTILEV. (*A BUBNOV.*)—¿Qué quieres tú? Mírale... Igual que una rata asomada a su agujero...

(*Se dirige a la salida con VARIA.*)

VARIA.—Cuánto tramposo y cuánto haragán hay en el mundo.

LUKA.—¡Que a ustedes les aproveche!

VARIA. (*Volviéndose.*)—¡Calla la boca, seta venenosa!

(*Sale con su marido, volviendo la esquina de la casa. Entran discutiendo SATIN y el ACTOR.*)

SATÍN.—¡Tú no irás a ninguna parte!... ¡Todo eso no son más que embustes...! (A LUKA.) ¡Eh, charlatán!... ¿Por qué le has trastornado el juicio a este infeliz?

ACTOR.—¡Mentiroso!... ¡Abuelo, dile que es un mentiroso! ¡Me iré!... ¡Hoy he trabajado, he barrido la calle y no he bebido ni una gota de "vodka"! ¡Míralas! ¡Dos monedas de quince copecs y no estoy borracho!

SATÍN.—¡Dámelas y me las beberé... o las jugaré a las cartas!

ACTOR.—¡No te las doy! ¡Es para el viaje!

LUKA. (A SATÍN.)—¿Por qué quieres quitarle la idea de la cabeza?

SATÍN.—"¿Y a mí, mago, favorito de los dioses, qué me reserva el porvenir?" Te adelantaré que estoy destrozado...

Pero no todo se ha perdido: aún quedan, sobre la tierra, bribones más hábiles que yo.

LUKA.—Tienes gracia, Konstantín... [Eres divertido...]

BUBNOV.—¡Tú, actor, ven aquí!

(El ACTOR va hacia la ventana y se sienta en cuclillas frente a BUBNOV. Hablan a media voz.)

SATÍN.—De joven sí que fui alegre... Ahora me agrada recordarlo. Era bueno, amigo de todos, tenía fama de bailar bien y hasta trabajé en el teatro... Me gustaba hacer reír a la gente.

LUKA.—¿Y cómo has descendido hasta aquí?

SATÍN.—Qué curioso eres... Quieres saberlo todo.

LUKA.—Siempre he deseado comprender a los hombres. Pero a ti te miro y no acabo de comprenderte... [Eres un buen muchacho, listo... Sin embargo...]

SATÍN.—La cárcel, abuelo... Cuatro años y siete meses... Y, cuando salí, encontré todos los caminos cerrados.

LUKA.—¿Y por qué te metieron en presidio?

SATÍN.—Maté a un canalla en un momento de arrebato... Allí, en la cárcel, aprendí a jugar a las cartas...

LUKA.—¿Lo mataste... por alguna mujer?

SATÍN.—Sí, por mi hermana... No me preguntes más. Mi hermana ha muerto ya... Hace nueve años... Era una criatura admirable...

LUKA.—Eres de los que sufren en silencio... Otros, sin embar-

go... Si hubieras oído a Klesch aullar como un loco... ¡No hay trabajo, no hay nada!

SATÍN.—Ya se acostumbrará. Pero dime: ¿qué voy a hacer yo?

(Entra KLESCH lentamente, cabizbajo.)

LUKA. (Baja la voz.)—Mira, ahí viene.

SATÍN.—¿Qué hay, viudo? ¿Son muy graves tus pensamientos?

KLESCH.—Pienso... ¿qué va a ser de mí? Me he quedado sin herramientas; los gastos del entierro se lo han comido todo.

SATÍN.—Te voy a dar un consejo: no hagas nada... Con pensarle a la tierra tienes bastante.

KLESCH.—No..., no soy de esos... Todavía me avergüenzo delante de la gente.

SATÍN.—¿Le da vergüenza a la gente que tú vivas peor que un perro? Imagínate que no vuelves a trabajar, ni yo, ni ninguno de éstos... Que cientos, millones de hombres dejan de trabajar. ¿Qué pasaría entonces?

KLESCH.—Que moriríamos de hambre.

[LUKA. (A SATÍN.)—Teniendo semejantes ideas, deberías irte con los huidos. Hay mucha gente así; les llaman huidos, ¿lo sabes?

SATÍN.—Sí, lo sé. Y no son nada tontos esos tipos.]

(Por la ventana de los KOSTILEV se oyen los gritos de NATASHA.)

NATASHA. (Dentro.)—¿Por qué? ¡Dios mío...! ¿Por qué?

LUKA. (Inquieto.)—¡Natasha!... ¡Es Natasha!

(En la habitación de KOSTILEV se oyen golpes, ruido de vajilla que se rompe y las voces exasperadas del dueño de la posada.)

KOSTILEV. (Dentro.)—¡Desgraciada...! ¡Pérdida..., zorra!

VARIA. (Dentro.)—¡Espera..., ya la tengo..., así, así...!

NATASHA. (Dentro.)—¡Auxilio...! ¡Auxilio...!

SATÍN. (Grita hacia la ventana.)—Pero ¿qué hacéis?... ¡Salvajes!

LUKA. (Presuroso.)—¡Llamad a Vasili! ¡Llamadle!... ¡Ay, Señor!... ¡Hermanos!... ¡Hermanos míos!

ACTOR. (*Sale corriendo.*)—¡Ahora van a ver...!

SATÍN.—¡Ven, abuelo! ¡Seremos testigos!

(*Sale.*)

LUKA.—¿Qué testigo puedo yo ser? ¡Llamad a Vasili!

(*Sale.*)

NATASHA. (*Dentro.*)—¡Hermana, hermana mía!... ¡Varia...!

(*Se ahoga su voz.*)

[BUBNOV.—¡La han amordazado...!]

(*BUBNOV desaparece. El ruido de la posada disminuye, alejándose hacia el zaguán. Se oye el último grito de KOSTILEV: "¡Espera!" Después, un portazo e, instantáneamente, se produce el silencio. En la escena reina una quietud absoluta. Anochece.*)

KLESCH. (*Indiferente, sentado en un trineo, comienza a restregarse las manos. Tras una larga pausa, inicia un balbuceo de palabras.*)—Pero, ¿cómo?... ¿Cómo?... Tengo que vivir... (*Alza un poco la voz.*) Necesito un refugio... No hay ningún lugar..., no hay nada... Solo... Aquí, yo solo... sin ayuda...

(*Sale despacio, encorvado. Unos instantes de lúgubre silencio. Más tarde, un ruido sordo y lejano. Por último, un caos de sonidos que crece y se aproxima.*)

VARIA. (*Dentro.*)—¡Déjame!... ¡Soy su hermana!... ¡Déjame!

KOSTILEV. (*Dentro.*)—¿Qué derecho tienes?

VARIA. (*Dentro.*)—¡Sinvergüenza!

SATÍN. (*Dentro.*)—¡Llamad a Vasili! ¡Vamos! ¡Dale, Zob, pé-gale!

(*Se oye el silbato de la Policía. Entra corriendo EL TÁRTARO, con el brazo derecho en ca-bestrillo.*)

TÁRTARO.—¿Qué derecho hay de matar en pleno día?

(*Entra corriendo KRIVOV ZOB, perseguido por MEDVEDEV.*)

[ZOB.—¡Qué puñetazo le he dado!]

MEDVEDEV.—¿Por qué le has pegado?

TÁRTARO.—¿Y tú? ¿Cuál es tu obligación?

MEDVEDEV. (*Persiguiendo a ZOB.*)—¡Ven aquí!...

(*Entra KOSTILEV, muy agitado.*)

KOSTILEV.—¡Cógele, Abram, cógele!... ¡Ha estado a punto de matarme!

(*En el pasadizo aparecen KVASHNIA y NASTIA, llevando en brazos a NATASHA con el cabello sobre la cara y la ropa en desorden. SATÍN viene de espaldas, para contener a VARIA, que manotea, queriendo abalanzarse sobre su hermana. Junto a ella, ALESHKA salta enloquecido, silbándole en los oídos, gritando y aullando. Tras ellos, unas cuantas figuras harapientas de hombres y mujeres.*)

SATÍN. (*A VARIA.*)—¿Aún no le has hecho bastante?

VARIA.—¡Quita! ¡Déjame!

SATÍN.—¡Eres una fiera!

VARIA.—¡Quita! ¡Déjame!

KVASHNIA. (*Llevando a un lado a NATASHA.*)—¡Basta ya, Varia! ¡Ten un poco de humanidad!

MEDVEDEV. (*Atrapando a SATÍN.*)—¡Vamos a ver ahora! ¡Escápate, si puedes!

SATÍN.—¡Zob, dale tú! ¡Vasili, Vasili...!

(*Todos se agrupan junto a la pared del fondo y cerca de la salida. A NATASHA la han colocado a la derecha, sobre el montón de madera. PEPEL irrumpe en escena; mira a todos en silencio, torvamente.*)

PEPEL.—¡Natasha! ¿Dónde está?... ¡Natasha!...

KOSTILEV. (*Escondiéndose en el pasadizo.*)—¡Sujétalo, Abram, no le sueltes! ¡Amigos, por favor..., no dejen suelto a ese bandido! ¡Es un ladrón!

PEPEL. (*Frente a él, masculla.*)—¡Viejo... canalla!...

(*Salta sobre KOSTILEV y le golpea brutalmente. El viejo se desploma en el pasillo, de manera que la esquina tapa la mitad inferior de su cuerpo. PEPEL se precipita hacia NATASHA.*)

VARIA.—Pero ¿no hacéis nada? ¡Dadle una paliza a ese ladrón!

MEDVEDEV. (*Grita a SATÍN.*)—¡No te metas tú! ¡Son cosas de familia! ¡Tú no eres quién...!

PEPEL. (*A NATASHA.*)—¿Qué te han hecho...?

KVASHNIA.—Salvajes... Le han escaldado las piernas con agua hirviendo.

NASTIA.—El samovar... se lo han vertido encima.

NATASHA. (*Casi desmayada.*)—Vasili..., sácame de aquí...

TÁRTARO.—Puede que haya sido sin intención. Primero saber la verdad. No se debe hablar sin saber.

NATASHA.—Llévame contigo... Escóndeme...

VARIA.—¡Dios mío! ¡Mirad! ¡Está muerto! ¡Mirad! ¡Le han matado!

(*Hombres y mujeres rodean el cuerpo de KOSTILEV. Pausa. BUBNOV abandona el grupo y se acerca a PEPEL.*)

BUBNOV. (*En voz baja.*)—Vasili..., el viejo ha recibido lo suyo...

PEPEL. (*Absorto, sin comprender.*)—¿Ve tú...? Hay que llevarle al hospital... ¡Me las pagarán!

BUBNOV.—No... Te estoy diciendo... que alguien ha acabado con él.

(*El ruido de la escena disminuye como el fuego de una hoguera al echarle agua. Se oyen voces y murmullos separadamente: "¿Es posible?" "¡Ahí tienes!" "Vámonos de aquí, hermano." "Ahora, mucho cuidado." "Vámonos, antes de que venga la Policía." El grupo se disuelve. BUBNOV y EL TÁRTARO salen. NASTIA y KVASHNIA se precipitan ahora hacia el cadáver de KOSTILEV.*)

VARIA. (*Irguiéndose, exclama con voz triunfante.*)—¡Le han matado! ¡Ha sido Vasili quien ha matado a mi marido! ¡Yo lo he visto! ¡Todos lo habéis visto! Y, ahora, ¿que, Vasili? ¡Llamad a la Policía!

PEPEL. (*Separándose de NATASHA.*)—¡Esperad...! (*Mira al cadáver, a VARIA.*) ¿Estás satisfecha? (*Toca el cuerpo inerte de KOSTILEV con el pie.*) ¡Por fin, el viejo ha reventado! ¡Te has salido con la tuya! ¡Y no poder hacer lo mismo contigo...!

(*Se arroja sobre ella, pero SATÍN y ZOB le contienen. VARIA se esconde en el pasadizo.*)

SATÍN.—¿Estás loco?

ZOB.—¿Dónde vas?

VARIA. (*Asomando.*)—Y, ahora, ¿qué, Vasili...? Ahora, ¿qué? ¡No escaparás! ¡No escaparás! ¡Avisa a la Policía, Abram!

(*MEDVEDEV sale corriendo.*)

SATÍN. (*Llevando a PEPEL hacia NATASHA.*)—No tengas miedo, Vasili. Matar a un hombre en riña no es grave.

VARIA.—¡Detenedle! ¡El lo ha matado! ¡Yo lo he visto!

[SATÍN.—También yo le he dado tres puñetazos al viejo. Necesitaba bien poco para derrumbarse... Iré de testigo, Vasili.

VASILII.—No pienso justificarme. Sólo quiero darle a ésa su merecido y se lo daré...] ¡Ha sido ella quien me ha empujado a matar a Mijail! ¡Ha sido ella quien lo ha querido...!

NATASHA. (*Eleva la voz bruscamente.*)—¡Los dos estaban de acuerdo! ¿No lo comprendéis? ¡Estaban de acuerdo! ¡Sí, Vasili! ¡Mi hermana y tú lo habéis preparado todo...! [Por eso has hablado antes conmigo..., para que ella te oyera...!] ¡Ella es su amante..., todos lo sabéis...! ¡Mi hermana le dijo que matara a su marido..., porque les estorbaba... y yo también les estorbaba...! ¡A él lo han matado... y mirad lo que han hecho conmigo...!

PEPEL.—Natasha... ¿Qué dices...? ¿Qué dices...?

[SATÍN.—¡Diablo!]

VARIA.—¡Le ha matado Vasili! ¡El solo!

NATASHA.—¡Etáis de acuerdo! ¡Malditos seáis los dos!

SATÍN.—¡Cuidado, Vasili! ¡Entre las dos van a perderte!

PEPEL.—Natasha, ¿es posible que lo digas de verdad? ¿Cómo puedes creer... que yo... con ella...?

[SATÍN. (A NATASHA.)—Reflexiona un poco, mujer...]

VARIA. (En el pasadizo.)—Han matado a mi marido, excelencia...! ¡Vasili Pepel, el ladrón, es quien le ha matado, excelencia! ¡Yo lo he visto! ¡Todos lo han visto!

NATASHA. (Corriendo, enloquecida.)—¡Mi hermana y Vasili lo han matado! ¡Escuchadme, policías...! ¡Mi hermana ha vencido a su amante...! ¡Aquí está, el canalla...! ¡Cogedles, para que los juzguen! ¡Y a mí también...! ¡Detenedme...! ¡Llevadme a la cárcel a mí también...! ¡Por el amor de Cristo..., llevadme a la cárcel...!

TELÓN

ACTO CUARTO

El mismo decorado que en el primer acto. La habitación de PEPEL ya no existe; sus paredes han sido destruidas. El yunque ha desaparecido del lugar donde estuvo sentado KLESCH. Es de noche. La escena no recibe más luz que la de una lámpara de petróleo, colocada en el centro de la mesa. Fuera, sopla el viento.

(EL TÁRTARO se encuentra echado en el espacio que ocupaba anteriormente la habitación de PEPEL; de tarde en tarde, se revuelve y gime. KLESCH está ahora sentado junto a la mesa, ocupándose en arreglar un acordeón; de vez en cuando prueba las teclas. En el extremo opuesto de la mesa, SATÍN, el BARÓN y NASTIA; ante ellos, una botella de "vodka", tres botellas de cerveza y un gran pedazo de pan negro. EL ACTOR, echado sobre la estufa, se rebulle y tose.)

KLESCH.—Nadie ha vuelto a saber de él. Se escabulló durante la pelea sin dejar rastro.

BARÓN.—Sí, ha escapado de la Policía..., como el humo del fuego.

SATÍN.—Igual que los pecadores evitan la mirada de los justos.

NASTIA.—Era un viejo muy cariñoso. Vosotros, sin embargo, ni siquiera sois personas... ¡Sois mohol!

BARÓN. (Bebe.)—A vuestra salud, milady.

SATÍN.—Un viejecito excesivamente curioso... ¿Qué os parece? Nastenka se ha enamorado de él.

NASTIA.—¡Sí, me he enamorado de él! ¡Es verdad! ¡Enamorado! (Pausa breve.) El lo veía todo y todo lo comprendía.

SATÍN. (Riendo.)—Era como la miga del pan para los que no tienen dientes.

BARÓN. (Riendo.)—Sí... Lo mismo que un bálsamo para las heridas.

KLESCH.—Era un hombre caritativo y nada más. Vosotros desconocéis la caridad.

SATÍN.—¿Qué provecho ibas a sacar de que yo te compadeciese?

KLESCH.—La mayoría de las veces no hace falta tener compasión; basta con no ofender.

TÁRTARO. (Se sienta en el camastro y mueve la mano dolorida como un niño.)—Me acuerdo mucho del viejo, porque, digáis lo que digáis, era bueno. Tenía ley en el alma... Para obrar con rectitud hay que llevar la ley dentro del alma; si no, se está perdido.

BARÓN.—¿A qué ley te refieres, príncipe?

[TÁRTARO.—Acabas de oírla.

BARÓN.—¿Cuál? ¡A ver, explícame!]

TÁRTARO.—¡No ofender al hombre! ¡Esa es la ley!

SATÍN.—Entre nosotros se llama: "Código de penas aplicables en materia criminal y correccional".

BARÓN.—O también: "Código de los castigos impuestos por los jueces de paz".

TÁRTARO.—¡El Corán dice: el Corán debe ser la ley! ¡El alma debe ser el Corán!

KLESCH. (Probando el acordeón.)—¡Desafina! (Pausa.) El príncipe tiene razón. Hay que vivir según la ley del Evangelio...

SATÍN.—Pues vive.

BARÓN.—Prueba a ver.

TÁRTARO.—Mahoma dio el Corán y dijo: "¡Aquí está la ley! ¡Haz como está escrito aquí!" Después vendrá un tiempo en que el Corán no será suficiente, porque la época nueva dará una ley nueva. Todo tiempo dará su ley.

SATÍN.—Nuestro tiempo ha dado el Código Penal. Una ley bastante dura, que no se gastará tan pronto.

NASTIA. (Golpea la mesa con el vaso.)—¿Que hago yo aquí...?

¿Por qué estoy aquí, entre vosotros...? ¡Me iré...! ¡Me iré a cualquier parte, al fin del mundo!

BARÓN.—¿Sin zapatos, milady?

NASTIA.—¡En cueros! ¡Arrastrándome a gatas!

BARÓN.—Será muy divertido, milady..., verte andar a gatas.

NASTIA.—¡Me iré arrastrando, con tal de no ver más tu cara! ¡Qué asco me da todo...! ¡Esta vida..., todo el mundo!

SATÍN.—Cuando te vayas, no olvides llevar contigo al Actor.

Ya está dispuesto para emprender viaje... Ha averiguado, por fin, que el hospital donde curan los organonos se encuentra, más o menos..., a medio kilómetro del fin del mundo.

ACTOR. (Desovillándose por un momento.)—¡Organismos, ignorante!

SATÍN.—Los organonos envenenados por el alcohol...

ACTOR.—¡Sí, se irá...! ¡El se irá...! ¡Ya lo veréis!

BARÓN.—¿Quién, sir?

ACTOR.—¡Yo!

BARÓN.—Merçi, servidor de la diosa... ¿Cómo se llama...? La diosa del drama y de la tragedia... ¿Cuál es su nombre?

ACTOR.—¡Diosa, no...! ¡Musa!

SATÍN.—Láquesis..., Hera..., Afrodita..., Atropos..., ¡el diablo lo sepa! (Por el Actor.) Fue el viejo quien le dio cuerda a nuestro amigo. ¿Comprendes, Barón?

ACTOR.—¡Ignorantes! ¡Salvajes! ¡La musa Melpómene! ¡Gentes sin corazón...! ¡El se irá, ya lo veréis! "¡Llenad vuestra panza, espíritus sombríos!", dice el poema de Béranger... Y él encontrará un sitio, donde no hay..., donde no hay...

BARÓN.—¿Donde no hay nada, sir?

ACTOR.—¡Nada! "Este agujero será mi tumba..., muero enfermo, agotado..." ¿Para qué vivís vosotros? ¿Para qué?

BARÓN.—¡Tú, Kean, o genio y libertinaje! ¡No grites!

ACTOR.—¡Quiero gritar!

NASTIA. (Levanta la cabeza de encima de la mesa y mueve los brazos.)—¡Sí, grita...! ¡Que te oigan!

BARÓN.—¿Para qué, milady?

SATÍN.—No les hagas caso, Barón. Que se pudran... Que griten, a ver si les estalla la cabeza. ¡Déjales! No estorbad al hombre, como decía Luka. El ha sido quien ha puesto en danza a estos infelices...

KLESCH.—Les llamó a no sé dónde..., pero se olvidó de indicarle el camino.

BARÓN.—Era un charlatán.

NASTIA.—¡Tú sí que eres un charlatán!

BARÓN. (*Mandándole callar.*)—¡Chis!..., milady...

KLESCH.—El viejo no amaba la verdad. Se rebelaba contra ella... ¡así debe ser! Es cierto, ¿para qué queremos la verdad? ¿De qué nos sirve? Y, sin ella, ni respirar se puede. Fijaos en el Tártaro: se rompió un brazo trabajando; seguramente tendrán que cortárselo... ¡Esa es la verdad!

SATÍN. (*Da un golpe con el puño sobre la mesa.*)—¡A callar! ¡Sois unos animales! ¡Que no se vuelva a hablar del viejo! ¡A callar! (*Pausa. Más sosegado, al BARÓN.*) ¡Tú eres el peor de todos! [No entiendes nada y lo arreglas diciendo una mentira tras otra.] El viejo no era un charlatán, [ya lo creo que no...] ¿Qué es la verdad? ¡El hombre es la verdad! El lo comprendía, pero vosotros no... [¡Sois unos adoquines...! Yo sí comprendo al viejo...] Mentía..., por compasión hacia vosotros... ¡desgraciados! Hay muchos que mienten, por compasión hacia el prójimo... ¡Lo sé, lo he leído! Dicen mentiras agradables, mentiras consoladoras, mentiras que sirven para absolver a aquel que ha aplastado el brazo del obrero, para acusar a quienes mueren de hambre [¡Conozco la mentira! Los débiles de espíritu], los que viven del sudor ajeno... ¡esos necesitan la mentira! [Unos se sostienen gracias a ella y otros la utilizan como refugio.] El hombre dueño de sí, el que no depende de nadie y no come el pan de los otros, ¿para qué la necesita? ¡La mentira es la religión de los esclavos y de los amos! ¡La verdad es el dios del hombre libre!

BARÓN.—[¡Muy bien dicho! ¡Estoy de acuerdo...!] Hablas como un hombre importante.

SATÍN.—¿Por qué, a veces, no puede hablar bien un bribón, si los hombres importantes hablan como los bribones? [Sí..., he olvidado muchas cosas, pero aún me acuerdo de algunas...] Creedme: el viejo era muy inteligente. Ha hecho en mí igual efecto que cuando se vierte ácido sobre una moneda oxidada. ¡Bebamos a su salud! ¡Ponme, Nastia! (*La muchacha llena un vaso de cerveza y se lo da a SATÍN. Este sonríe.*) [El viejo vivía de sí mismo; todo lo comprobaba con sus propios

ojos.] Una vez, le pregunté: “Abuelo, ¿para qué viven los hombres?” (*Procura imitar a LUKA en los gestos y en la voz.*) “¡Hijo mío, viven para que, algún día, nazca un hombre mejor! Imagínate, por ejemplo, unos carpinteros, gente de pocas luces, cuyo trabajo está lleno de defectos. De repente, nace entre ellos un carpintero como no se ha visto nunca igual sobre la tierra; supera a todos y no hay entre los carpinteros otro como él. Enseña sus métodos al oficio entero y le hace avanzar lo mismo que si hubieran pasado veinte años. Igual ocurre con todos los demás, los cerrajeros, los zapateros, con todos los demás trabajadores [con los labradores, incluso, y hasta con los señores... Todos viven para que nazca un hombre mejor.] Cada uno piensa que vive para sí y, en realidad, vive esperando que llegue ese hombre mejor. Pasarán cien años, sí, puede que más, y el hombre no dejará de esperar otro hombre mejor. (*NASTIA mira fijamente a SATÍN. KLESCH ha dejado de ocuparse del acordeón y escucha también. El BARÓN inclina la cabeza, tamborilea suavemente con los dedos sobre la mesa. El ACTOR se incorpora sobre la estufa.*) [Todos, hijo mío, todos cuantos han nacido, no viven sino para el hombre mejor.] Por eso cualquier ser humano merece respeto... [Nosotros no sabemos quién es nadie, ni para qué ha nacido, ni de qué puede ser capaz...; quizá está en el mundo para nuestra felicidad... Especialmente hay que respetar a los niños... ¡Los niños necesitan espacio! ¡No les estorbéis...! Respetad a los niños...”]

(*En su rostro hay una tenue sonrisa. Pausa.*)

BARÓN. (*Pensativo.*)—Hum... ¿Vivir para el hombre mejor...? Eso me recuerda la historia de mi familia... Una familia de ascendencia antigua, del tiempo de la Gran Catalina... Nobles..., guerreros..., originarios de Francia. Servían al país y se llevaban cada vez más. Siendo rey Nicolás I, Gustavo el Débil, mi abuelo, ocupó puestos importantes... Era rico; tenía centenares de siervos, caballos, cocineros...

NASTIA.—¡Mentiroso!

BARÓN. (*Levantándose de un salto.*)—¿Cómo?

NASTIA.—¡Todo eso son fantasías tuyas!

BARÓN (*Grita*).—¡Una casa en Moscú! ¡Una casa en Petersburgo!
¡Carrozas! ¡Carrozas con escudos!

(KLESCH coge el acordeón, se levanta y se aparta a un lado, observando la escena desde allí.)

NASTIA.—¡No es verdad!

BARÓN.—¡Docenas de lacayos!

NASTIA. (*Reociiéndose*).—¡No!

BARÓN.—¡La mato!

NASTIA. (*Preparándose para huir*).—¡No había carrozas!

SATÍN.—Ya está bien, Nastia. No le hagas rabiar.

BARÓN.—¡Aguarda un poco, desgraciada! ¡Mi abuelo...!

NASTIA.—¡No tenías abuelo! ¡No tenías nada!

(SATÍN ríe a carcajadas.)

BARÓN. (*Azotado por la indignación, se deja caer en un banco*).—
Satín, dile... dile a esta zorra... ¿También te ríes tú? (*Grita desesperado, dando golpes con el puño en la mesa*). ¡Pues es verdad, lo creáis o no...!

NASTIA. (*Triunfante*).—¡Ah..., aúllas...! ¡Por fin has comprendido lo que se siente cuando no le creen a uno!

[KLESCH. (*Volviendo a la mesa*).—Parecía que iba a haber pelea.

TÁRTARO.—¡La gente es tonta...! ¡Qué pena!]

BARÓN.—¡No consentiré que nadie se burle de mí! ¡Tengo pruebas, documentos!

SATÍN.—Echalos al fuego. Y olvida las carrozas de tu abuelo. Las carrozas del pasado no te llevarán muy lejos.

BARÓN.—¿Por qué se atreve esa...?

NASTIA.—Esa... ¿qué?

SATÍN.—Ya ves, se atreve. ¿Por qué no? Nastia te quiere..., aunque en su pasado no ha habido carrozas, ni abuelos, ni padres, probablemente...

BARÓN. (*Tranquilizándose*).—Sabes razonar con calma... A mí, en cambio, me falta carácter...

SATÍN.—Adquiérela. Es útil. (*Pausa*). Nastia, ¿continúas yendo al hospital?

NASTIA.—¿Para qué iba a ir?

SATÍN.—A ver a Natasha.

NASTIA.—¿Ahora te enteras? Hace no sé cuánto tiempo que se fue del hospital y desapareció sin que nadie haya vuelto a verla.

SATÍN.—Eclipse total.

KLESCH.—Me gustaría saber, entre Varia y Vasili, quién va a poder a quién.

NASTIA.—No lo dudes: Varia. Es lista... A Vasili le condenarán a trabajos forzados.

SATÍN.—Por matar en pelea, sólo es la cárcel.

NASTIA.—¡Lástima! Hubiera preferido los trabajos forzados... ¡Todos vosotros... a presidio..., barreros como basura... y arrojaros en una fosa!

SATÍN. (*Asombrado*).—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

BARÓN.—¡A que le doy un puñetazo... por insolente!

NASTIA.—¡Atrévete!

BARÓN.—¡Verás si me atrevo!

SATÍN.—Déjala..., no la toques... ¡No ofendas a un ser humano! (*Ríe*). No se me quita de la cabeza ese viejo. ¡No ofendáis al ser humano! Y, si a mí me han ofendido una vez para toda la vida, ¿qué debo hacer? ¿Perdonar? No puedo perdonar nada... A nadie...

BARÓN. (*A NASTIA*).—Tienes que comprender que tú y yo no somos iguales. Tú..., tú no eres más que un... desperdicio.

NASTIA.—¡Pobre infeliz! ¡Pero si estás viviendo de mí..., como el gusano dentro de la manzana!

(*Los demás estallan en carcajadas.*)

KLESCH.—¿Habéis oído? ¡Una manzanita!

BARÓN.—¿Para qué enfadarse...? Es una estúpida...

NASTIA.—¿Os reís? ¡Hipócritas! ¡No tenéis ganas de reír!

ACTOR. (*Sombrio*).—¡Duro con ellos!

NASTIA.—¡Si pudiera...! ¿Sabéis lo que haría con vosotros? (*Coge una taza de la mesa y la arroja al suelo*). ¡Esto!

TÁRTARO.—¿Para qué romper taza?

BARÓN. (*Levantándose*).—¡Ahora va a ver ésta...!

NASTIA. (*Huyendo*).—¡Ojalá acabéis en el infierno!

SATÍN. (*Siguiéndola.*)—Bueno, ya está bien. ¿Quieres asustarnos?
[¿A qué viene todo esto?]
NASTIA.—¡Lobos! ¡Así reventéis! ¡Lobos!

(*Sale.*)

ACTOR. (*Tristemente.*)—Amén.

[TÁRTARO.—¡Uh..., uh...! ¡Mujer rusa..., mala! ¡Descarada..., libre! Mujer tártara, no... Mujer tártara saber ley.

KLESCH.—Se ha ganado una buena paliza.

BARÓN.—¡Puerca!]

KLESCH. (*Probando el acordeón.*)—Ya está. Ahora su dueño no aparece. Andará por ahí empapándose de alcohol.

SATÍN.—Bebe una copa con nosotros.

KLESCH.—Gracias... Pronto habrá que acostarse.

SATÍN.—¿Qué? ¿Vas haciéndote a nuestras costumbres?

KLESCH. (*Después de beber una copa, se va a un rincón, hacia su camastro.*)—¡Bah!... en todas partes hay buena gente... Al principio no te das cuenta, pero, si miras con atención, ves que hay buena gente en todas partes...

(*El TÁRTARO extiende una tela sobre el camastro, se arrodilla y comienza a rezar.*)

BARÓN. (*Señalándose a SATÍN.*)—¡Mira!

SATÍN.—Déjale... Es bueno. No le interrumpas... (*Riendo.*) Hoy me siento bondadoso, cualquiera sabe por qué.

BARÓN.—Siempre que bebes eres bondadoso... e inteligente.

SATÍN.—Cuando he bebido, todo me parece bien. ¡Sí...! ¿Está rezando? Perfectamente.] El hombre tiene derecho a creer o a no creer. El hombre es libre..., él sólo rinde cuentas por todo: por la fe, por la incredulidad, por el amor, por la inteligencia... El hombre paga por todo y eso le convierte en un ser libre. ¡El hombre es la verdad! ¿Qué es el hombre? No es ni tú, ni yo, ni ellos... ¡No! Tú, yo, ellos, el viejo, Napoleón, Mahoma... ¡Todos juntos somos el hombre! (*Traza en el aire con el dedo la figura de un ser humano.*) ¿Comprendes? ¡Es algo inmenso! ¡Aquí está principio y el fin! [Todo está en el hombre, todo es para el hombre!] ¡Existe sólo el hombre, y todo lo demás es cosa de sus manos y de su cere-

bro! [¡El hombre! ¡Qué palabra tan maravillosa! ¡Qué orgullo encierra esa palabra!] ¡Hay que respetarle, no humillarle con la compasión y la caridad! ¡Brindemos por el hombre, Barón! (*Se levanta.*) [¡Es bueno sentirse hombre! Aquí me tienes: presidiario, asesino, bribón... Por la calle, la gente me mira como a un estafador. Todos procuran apartarse de mí y, a menudo, se vuelven y me gritan: "¡Vago! Sinvergüenza! ¡Trabaja!" ¿Trabajar? ¿Para qué? ¿Para comer a dos carrillos? (*Ríe.*) ¡Siempre he despreciado a los que sólo viven preocupados de tener el estómago lleno! No se trata de eso, Barón, no se trata de eso...! ¡El hombre está por encima de esas cosas! ¡El hombre está por encima de la santidad!]

BARÓN. (*Moviendo la cabeza.*)—Razonas... Eso está bien, así debe ser... Eso te consuela... Yo no..., yo no..., yo no puedo... (*Mira en derredor suyo y habla bajando la voz.*) Yo, a veces, tengo miedo..., porque no sé lo que me espera todavía...

SATÍN. (*Paseándose.*)—¿De qué puede tener miedo un hombre?

BARÓN.—[Sí... Mira... Desde que era niño...] desde los tiempos más lejanos que recuerdo, [he tenido siempre como una especie de niebla aquí, en la cabeza... Nunca he comprendido nada de nada... Esto mismo que te voy a decir es vergonzoso:] tengo la sensación de que toda mi vida no he hecho otra cosa sino cambiar de traje. ¿Para qué? No lo comprendo. Cuando estudié, llevaba el uniforme del Instituto de la Nobleza, pero... ¿qué es lo que aprendí allí? No me acuerdo. Más tarde, me casé; primero tuve que vestirme de frac, y después me puse un bata... El resultado fue que había escogido una mala mujer. ¿Y por qué? No lo he comprendido. Derroché toda mi fortuna y sólo tenía para ponerme una chaqueta gris y unos pantalones pardos. ¿Cómo fue posible que me arruinara? Ni me he parado a pensarlo. Luego, presté mis servicios al Estado; uniforme, gorra con escarapela... Después me gasté una pequeña cantidad de los fondos del Estado y me vistieron de presidiario... Por último, estos andrajos que ves... Y todo me ha ocurrido como en un sueño... Es gracioso, ¿no crees?

SATÍN.—No exactamente... Más bien, ridículo...

BARÓN.—Sí... Yo también creo que es... ridículo. Pero... habrá nacido para algo, ¿no?

SATÍN. (*Riendo.*)—Quizá... ¡El hombre nace para que, algún día nazca un hombre mejor! [*Moviendo la cabeza.*] Está bien eso...!

BARÓN.—¡Y Nastia? ¿Dónde se ha metido? Voy a buscarla. Al fin y al cabo..., ella...

(*Sale. Pausa.*)

ACTOR.—¡Tártaro! (*Pausa.*) ¡Eh, príncipe! (*El TÁRTARO vuelve la cabeza.*) Reza... por mí.

TÁRTARO.—¿Cómo?

ACTOR. (*Baja la voz.*)—Que reces por mí.

TÁRTARO. (*Pausa breve.*)—¡Reza tú!

ACTOR. (*Baja rápidamente de la estufa, se acerca a la mesa, llena un vasito de "vodka" con mano temblorosa, bebe y se dirige presuroso hacia la salida.*)—¡Se fue!

(*Sale.*)

SATÍN.—¡Eh, sicambro! ¿Dónde vas?

(*Silba. Entran MEDVEDEV y BUBNOV. El primero lleva una chaqueta de mujer, guateada, y ambos aparecen discretamente bebidos. BUBNOV trae en una mano un paquete de rosquillas y, en la otra, unos pescados secos; una botella de "vodka" bajo el brazo y una segunda en el bolsillo de la chaqueta.*)

MEDVEDEV.—El camello se parece mucho al burro, salvo que no tiene orejas.

BUBNOV.—¡Cállate! Tú sí que pareces un burro.

MEDVEDEV.—El camello no tiene orejas; oye por la nariz.

BUBNOV. (*A SATÍN.*)—¡Amigo, he estado buscándote por todas las tabernas! ¡Coge las botellas, que tengo las manos ocupadas!

SATÍN.—Deja las rosquillas en la mesa y te quedará una mano libre.

BUBNOV.—¡Exacto! ¿Has oído, guardia? ¡Qué talento!

MEDVEDEV.—Todos estos golfos han de ser listos a la fuerza. Una persona decente no necesita demasiada inteligencia para vivir, pero éstos... Respecto a lo que has dicho del camello, estás completamente equivocado... Es un animal de carga..., no tiene cuernos... ni dientes...

BUBNOV.—¿Por dónde andan los demás? ¿Se ha ido todo el mundo? ¡Acercaos, muchachos, convido yo! ¿Quién está ahí en el rincón?

SATÍN.—Me parece que te vas a beber de prisa tu fortuna, ¡espantajol!

BUBNOV.—Ah, sí, rápidamente... Esta vez no he reunido un capital demasiado grande. ¡Zob! ¿Dónde está Zob?

KLESCH. (*Acercándose a la mesa.*)—No está.

BUBNOV.—¡R-r-r-rr...! ¡Perro! ¡Briliú, briliú! ¡Pavo! ¡No ladres, no gruñas! ¡Bebe, diviértete, fuera esa cara larga! ¡Convido yo! ¡Me gusta convidar! ¡Si fuera rico..., abriría una taberna gratuita! ¡Sí, sí, con música y con un coro de voces escogidas! ¡Venid todos a mi casa, bebed, comed y escuchad canciones! ¡Alegrad vuestros espíritus! ¡Pobres..., venid a mi taberna gratuita! Satín, ¡te habría dado con gusto la mitad de todos mis capitales! ¡Como lo oyes!

SATÍN.—Dámelo todo ahora mismo.

BUBNOV.—¿Todo mi capital? ¡Toma! ¿Ahora mismo? ¡De acuerdo! (*Se vacía los bolsillos.*) Aquí tienes un rublo..., veinte copecs... A ver aquí: estas monedas..., cinco copecs..., tres... ¡Todo!

SATÍN.—Conmigo está más seguro. Me lo jugaré a las cartas.

MEDVEDEV.—¡Soy testigo! Le has entregado el dinero en depósito. ¿Qué cantidad?

BUBNOV.—¿Tú? ¡Tú eres un camello! ¡No necesitamos testigos!

(*Entra ALESHKA, descalzo.*)

ALESHKA.—¡Qué frío...! ¡Me he mojado los pies!

BUBNOV.—Pues ven a mojar también la garganta y olvídale. Amigo, sabes cantar y tocar... ¡Eso está muy bien! Pero bebas... ¡y eso está muy mal! Beber es malo para la salud.

ALESHKA.—¡Nadie mejor que tú para decirlo! ¡Únicamente eres persona cuando bebes! ¡Has arreglado el acordeón, Klesch?

(Canta y baila.)

¡Ay, si mi cara
no fuera bonita,
la mujer que yo quiero
no me querría!

¡Estoy helado! ¡Hace un frío...!

MEDVEDEV.—Hum... ¿Y si yo preguntara quién es esa mujer?
BUBNOV.—¡Tú ya no cuentas...! ¡Ni siquiera eres guardia! ¡Estás acabado! ¡Ni guardia ni tío!

ALESHKA.—¡Eres, únicamente, el marido de la tía! ¡Nada más!
BUBNOV.—Tienes una sobrina en la cárcel y la otra muriéndose...
MEDVEDEV. (Enérgico).—¡Mentirosos! ¡Natasha no está muriéndose! ¡Ha desaparecido!

(SATÍN ríe a carcajadas.)

BUBNOV.—¡Qué más da! Un hombre sin sobrina ya no es tío.
ALESHKA.—¡Su excelencia el tío jubilado!

(Canta.)

Mi novia tiene dinero,
pero yo no tengo nada;
soy, en cambio, buen muchacho
y tengo alegre la cara.

¡Hace un frío del demonio!

(Entra ZOB. Después, hasta el final del acto, entran también otros personajes, hombres y mujeres, que se quitan las ropas y se acuestan, re-funfuñando.)

ZOB.—¡Bubnov! ¿Por qué te has escapado?

BUBNOV.—Ven, siéntate... Vamos a cantar mi canción favorita, ¿eh, quieres?

TÁRTARO.—¡Es de noche! ¡Yo dormir muy pronto! ¡Cantar de día!

SATÍN.—¡Qué importan eso, príncipe...! ¡Ven aquí!

TÁRTARO.—¿Cómo que no importa? ¡Ruido! ¡Cuando se canta hay ruido!

BUBNOV. (Acercándose a él).—¿Y tu brazo, Asán? ¿Te lo han cortado ya?

TÁRTARO.—¿Para qué? Conviene esperar... Quizá no sea necesario. Un brazo no es de hierro; se corta en seguida.

ZOB.—Estás perdido, Asán... Sin el brazo no servirás para nada. A nosotros se nos tasa por los brazos y por las espaldas. ¡No hay brazos, no hay hombre! Mal asunto... ¡Ven a echar un trago!

(Entra KVASHNIA.)

KVASHNIA.—Hola, amigos. Vaya un tiempcito que se nos viene encima... Está empezando a nevar. ¿Y mi guardia? (Ve a MEDVEDEV.) ¡Ah, estás aquí, militar!

MEDVEDEV.—A tus órdenes.

KVASHNIA.—¿Otra vez te has puesto mi chaqueta? Me parece que estás un poco...

MEDVEDEV.—Ha sido en honor de Bubnov... Es su cumpleaños... Además, hace frío..., las calles están llenas de barro...

KVASHNIA.—Mucho cuidado, ¿me oyes? Barro... ¡No quiero tonterías! Andando, a dormir.

MEDVEDEV. (Saliendo hacia la posada).—¿A dormir...? ¿Por qué...? Bueno, bueno..., a dormir.

(Sale.)

SATÍN.—¿Por qué eres tan severa con él?

KVASHNIA.—No puedo ser de otra manera. A un hombre como éste hay que tenerle bien amarrado. Me decidí a vivir con él, creyendo que le sacaría algún provecho... Al fin y al cabo, es un militar. Vosotros sois una cuadrilla de revoltosos... y yo... una mujer indefensa... ¡Mira por dónde se me aficiona a la bebida! ¡Buen negocio he hecho!

SATÍN.—Sí... Mal protector has escogido.

KVASHNIA.—No lo he encontrado mejor. Tú, por ejemplo, ¿ibas

a ser más decente? ¡No tardarías más de una semana en jugarme a las cartas!

SATÍN. (*Ríe.*)—¡Tienes razón! ¡Te perdería lo antes posible!

KVASHNIA.—¡Aleshka!

ALESHKA.—¡Aquí estoy!

KVASHNIA.—De modo que... vas murmurando de mí, ¿eh?

[ALESHKA.—¡No murmuro! ¡Digo verdades como templos! ¡Qué mujer..., qué mujer tan extraordinaria! ¡Cien kilos de carne, de grasas y de esqueleto..., y ni un gramo de cerebro!

KVASHNIA.—¡Asqueroso! ¡Tengo mucho juicio, me sobra!] ¿Por qué andas diciendo que pego al militar?

ALESHKA.—Ah, no sé... A mí me hacía la impresión de que le estabas pegando, cuando le arrastrabas de los pelos.

KVASHNIA. (*Riendo.*)—¿Es que no habes hacerte el distraído? ¡No hay que sacar a la calle los trapos sucios! ¡Le has ofendido! ¡A causa de tus chismes ha vuelto a beber!

ALESHKA.—Entonces es verdad lo que dicen: también las gallinas beben.

(SATÍN y KLESCH *rien.*)

KVASHNIA.—¡Mala sangre! Y tú, ¿qué clase de hombre eres?

ALESHKA.—¡Un hombre de primeral! ¡Capaz de todo! ¡[Donde pongo el ojo, pongo la bala!]

BUBNOV. (*Al TÁRTARO.*)—¡Bueno..., de todas maneras no te vamos a dejar dormir! ¡Pensamos cantar toda la noche! ¡Eh, Zob!

ZOB.—¿Cantar? ¡Me parece muy bien...!

ALESHKA.—¡Yo os acompaño con un poco de música!

SATÍN.—Por mi parte, os escucharé.

TÁRTARO. (*Sonriendo.*)—¡Diablo de Bubnov!... ¡No poder contigo! ¡Dame un vaso! "Vamos a cantar, a divertirnos, y cuando la muerte llegue..., moriremos."

BUBNOV.—Ponle de beber, Satín. Y tú Zob, siéntate. ¡Muchachos, el hombre se contenta con poca cosa!... ¡He bebido... y estoy alegre! ¡Zob, empieza mi canción favorita...! ¡Quiero cantar... y llorar...!

ZOB. (*Canta.*)—El sol sale y se pone...

BUBNOV. (*Acompañándole.*)—Pero mi celda está sin luz...

BARÓN. (*Aparece bruscamente y grita desde el umbral.*)—¡Eh,

venid aquí, venid! ¡Ahí, en el patio..., el Actor se ha ahorcado!

(*Silencio. Todos miran al BARÓN. Detrás de él aparece NASTIA y avanza hacia la mesa con los ojos muy abiertos.*)

SATÍN. (*A media voz.*)—¡Bah...! ¡Ha estropeado la canción, el i-dio-ta...!

TELÓN